

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

DEL

GENERAL D. JOSÉ DE SAN MARTÍN

POR

JUAN MARÍA GUTIERREZ.

Nueva edición corregida y aumentada con un rápido paralelo
entre San Martín y Bolívar, por el mismo autor.

BUENOS AIRES.

Imprenta de Mayo, de C. Casavalle (Editor) — Moreno 241

1868.



ADVERTENCIA DEL EDITOR.

El presente bosquejo apareció por primera vez al frente de un libro notable, titulado **EL GENERAL SAN MARTIN**, dado á luz en Buenos Aires el año 1863.

El autor del Bosquejo y organizador de los materiales que componen aquel libro, calló su nombre por sentimientos de moderacion (segun él mismo nos lo ha manifestado) al mirarse tan pequeño frente al gran ciudadano cuyas gigantadas dimensiones acababa de medir al estudiarle en documentos fehacientes y numerosos.

No ha podido abrigar iguales sentimientos un tal *D. Rumualdo de la Fuente*, quien acaba de publicar en Paris bajo su nombre y apellido y en un precioso volúmen, este mismo Bosquejo, sin mas alteracion que la de algunas palabras, algunas supresiones, y una distribucion en capitulos. (1) Por lo demas el Sr. D. Rumualdo ha llevado á cabo su labor sin mas esfuerzo intelectual que el que gasta un copista ó hace un plagiario, apesar de que afirma, bajo la honradez de su palabra, que su Biografía es el resúmen de documentos auténticos.

1. Biografía del ilustre General americano D. José de San Martín resumida de documentos auténticos por D. Rumualdo de la Fuente. Paris, Librería de Rosay Bouret calle Visconti, 23, 1867—1 v. in 8.º menor de 180 páginas.

En esto ha dicho la mitad de lo cierto, porque el verdadero autor examinó para bosquejar la vida pública del general San Martín, todos los documentos que contiene el mencionado volumen de 1863, documentos que el señor La Fuente no conoce sino de vista, ó mas propiamente *de tacto*, por cuanto debe haberlos hojeado al copiar de su puño para los cajistas, el texto lejítimo del Bosquejo biográfico que con tanta serenidad se atribuye.

La persona que con mayor actividad promovió la idea del monumento tipográfico levantado á la fama del vencedor en Chacabuco, se ha interesado hoy por que hagamos la presente publicacion y ha obtenido del Sr. Gutierrez que se encargue de dirigirla y la autorice con su nombre.

El tomo publicado en Paris pertenece á una série de obras que lleva por título: *Biblioteca de la Juventud*, y es de lamentar que las personas á quienes se encomienda en Europa la formacion ó direccion de libros destinados á aleccionar á la juventud americana que habla español, no sean mas capaces y pundonorosas que lo que muestra serlo aquella á que nos referimos.

Y ya que la edicion de París se ofrece á los jóvenes, ofrecemos á los mismos la nuestra mostrando con la modicidad del precio que no consultamos exclusivamente nuestro provecho pecuniario.

C. CASAVALLE.

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

DEL

GENERAL D. JOSÉ DE SAN MARTIN.

San Martín había nacido para la guerra, con una constitución de hierro, una voluntad inflexible y una perseverancia en sus propósitos que le aseguraban el dominio de sí mismo, el de sus inferiores y el de sus enemigos.

BARTOLOME MITRE--Vida de Belgrano. t. 2 pág. 283.

Moins connu en Europe que Bolivar, parce qu'il rechercha moins que lui les éloges de ses contemporains, San Martín est aux yeux des Américains son égal comme homme de guerre, son supérieur comme génie politique, et surtout comme citoyen. Dans l'histoire de l'indépendance Américaine, qui n'est pas écrite encore, au moins pour la France, il représente le talent d'organisation, la droiture des vues, le désintéressement, l'intelligence complète des conditions sous lesquelles les nouvelles républiques pouvait et devaient vivre.

A. GERARD—(Artículo necrológico publicado en el "Imparcial de Boulogne sur mer" del día 22 de Agosto de 1850.)

La vida pública del General San Martín no puede encerrarse en los términos reducidos de una biografía. Ligada á los grandes acontecimientos de la Independencia, en que los pueblos son actores á par de los Ejércitos y en la cual no ha tomado menos parte la política que la ciencia

militar, palpita y se confunde con la historia moderna de casi todo el Continente Americano. El teatro de su primera victoria está situado á la márjen del Paraná y los caballos de sus Granaderos de San Lorenzo, llegaron á saciar su sed en los torrentes que forman las nieves del Chimborazo. Estos dos extremos señalan el espacio que recorrió y miden la estension inmensa de sus conquistas para la libertad. Gobernador de Provincias, organizador de Ejércitos, administrador de escasos caudales en proporcion á los grandes objetos á que los aplicó con economía y con fruto; encargado de poderes omnímodos que la victoria forzosamente puso en sus manos; creador de Gobiernos bajo la forma representativa en pueblos envejecidos en los hábitos coloniales; tuvo la necesidad y la ocasion de poner en ejercicio una gran variedad de talentos, virtudes de alto temple, y de asumir reponsabilidades que solo la historia puede apreciar y juzgar.

La naturaleza de su mision le colocó en contacto con hombres eminentes, constituidos en autoridad, influyentes en sus respectivos paises; hombres por otra parte cuyos hechos personales les dan cabida honrosa en los anales de la Independencia y para cuya justa apreciacion existen

aun en lucha las opiniones de sus mismos compatriotas. Y sin embargo, el fallo definitivo que se pronuncie sobre ellos será una luz, que todavía no aparece bien clara, para poder estudiar en toda su integridad al vencedor en Chile y al Protector del Perú, que fué como el centro al rededor del cual se movieron aquellos brillantes satélites.

San Martín desdeñoso de la popularidad y del vano ruido, presenta un ejemplo poco común con el silencio que guardó sobre su conducta aun en presencia de acusaciones serias. César escribió sus comentarios; el prisionero de Santa Elena dictó la relación de sus campañas; San Martín fué parco al hablar de sus proezas aun con personas íntimas, cuando el tiempo y su condición de simple particular le autorizaban para hacerlo sin cargo de parcialidad ó de vanagloria. Ha dejado pesar sobre su nombre los resentimientos de los partidos, las inculpaciones de personajes tan notables como Lord Cochrane, sin desplegar sus labios, á espera tranquila del fallo de la posteridad. Esta fría y constante confianza en la justicia de los venideros ya era por sí misma una prenda de la conciencia que le asistía de la bondad, humanamente posible, de sus actos y de su

conducta, por que fué siempre síntoma de inocencia la serenidad con que el acusado se presenta delante de sus jueces. Él sabia que habia de llegar momento en que los archivos del Gobierno de Chile, abiertos por otra mano que la suya, dissiparian los cargos que le lanzaba el valiente Almirante de la Escuadra del Pacífico; que su correspondencia íntima y particular con O'Higgins, inspirada por los sentimientos del momento, habian de justificar en honra de ambos, la amistad constante que se profesaron y conservaron, tanto en los dias de poder como en los de ostracismo: sabia que las huellas que dejaba estampadas eran tan hondas y luminosas que habian de llamar la atencion de los que le sucediesen en la vida, dándoles la conviccion de que eran las de un gigante.

La fuerza de su espíritu debia naturalmente avasallar á la larga á la ingratitud y á la calumnia. No les salió al encuentro: las esperó como el bronce de que hoy se le labran esjies para que rompiesen en él sus dientes venenosos. El Perú que alguna vez le clavó las espinas de la desconfianza, creyéndole capaz de caer en los errores de la dictadura, repara su culpa, colocando la imájen de su libertador en las plazas públicas, inmortalizada por el metal bajo el cincel del arte. Chile,

hace otro tanto, y al rededor del monumento se presentan jenerosos los parciales de Carrera y los amigos de O'Higgins, y se reconocen hermanos ante el héroe de su independendia. Buenos Aires que le miró con indiferencia cuando abandonaba para siempre la América á principios de 1824, y que no fué digno de hospedarle en 1829, le levanta una estátua á su vez y se agolpa gozoso en torno de ella para reparar aquellas ofensas que por otra parte no fueron obra del pueblo, siempre jeneroso y justo, sino de las parcialidades políticas que oficialmente lo representaban.

La vida tan llena de contrastes de este grande hombre, no puede abrazarse, lo repetimos, en un bosquejo biográfico. Sin embargo vamos, tras otros muchos escritores, á ensayar un trabajo de este jénero valiéndonos de documentos históricos reunidos y estudiados esmeradamente.

En el pueblo de Yapeyú, capital de la provincia de Misiones, nació el dia 25 de Febrero de 1778, el personaje á quien está dedicada la presente biografia. Hijo de un Coronel español que gobernaba militarmente los antiguos dominios jesuíticos, fueron sus pasatiempos de niño, alardes de guerra, voces de mando y aspiraciones á distinguirse en una carrera ilustrada ya por su familia.

A la edad de seis años, comenzó á aprender las primeras letras en una escuela de Buenos Aires: á los ocho se trasladó á España con toda su familia.

Apesar de su tierna edad dejó en América impresiones vivas de sus prematuras cualidades, pues uno de sus condiscípulos decia de él: «San Martín estaba destinado á ser un grande hombre: en la escuela era un niño muy notable, y si hubiese muerto sin alcanzar á ilustrar su nombre, yo me habria acordado de él siempre.»

San Martín tuvo la fortuna de educarse en el mejor colejio de la Península, en el de Nobles de Madrid, cuyo plan de estudios abrazaba los conocimientos generales de humanidades, filosofía é historia, como indispensables para emprender con provecho el estudio de las ciencias matemáticas y sus aplicaciones al arte de la guerra, que era el principal objeto de aquel colejio. A la edad de 21 años, dejó las aulas para pasar á Cádiz en clase de ayudante del gobernador de aquella plaza, el general D. Francisco María Solano, á cuyo lado acabó de adquirir el porte y las maneras marciales en armonía con su carácter é inclinaciones. Amigo de su gefe inmediato, tuvo ocasion de relacionarse con los mas notables generales españoles de

aquella época, y de iniciarse en la política de la Europa, estudiándola especialmente con relacion á los intereses americanos.

Los acontecimientos de la época y la situacion especial de la España, fueron propicios al desarrollo de la inteligencia de San Martin, ofreciéndole ocasion de tomar parte, como pensador y liberal, en las asociaciones secretas que tenían por objeto modificar las propensiones absolutas del Monarca y del favorito, y como soldado en los hechos de armas que tuvieron lugar con motivo de la invasion francesa.

Encargado el General Solano de formar una division de 6,000 hombres para obrar sobre Portugal, repartió sus tareas con su ayudante predilecto, manteniéndole á su servicio inmediato hasta que regresó á Cádiz investido con el cargo de Capitan General de Andalucía.

A esta sazón Murat ocupaba á Madrid, y los Españoles estaban divididos, aunque en proporciones muy desiguales en número, en afrancesados y leales. Solano seducido por el buen éxito de los primeros pasos de la invasion y por la confianza que le dispensaron sus principales cabezas, se hizo sopechoso al pueblo por su conducta delante de la escuadra francesa surta en la Bahía de Cádiz.

Un motin movido y acaudillado por algunos vecinos exaltados, estalló contra el Capitan General en la tarde del 29 de Mayo, logrando los amotinados saciar cruelmente sus resentimientos en la persona del general afrancesado.

Cúpole á San Martin hallarse de guardia en el Palacio de su gefe en este momento crítico. Resuelto y sereno, cerró las puertas, las flanqueó con algunas piezas de artilleria y se dispuso á una defensa formal. Pero el pueblo, resuelto tambien por su parte, tuvo á su fávör la órden terminante de Solano de que por ningun motivo se le hiciese fuego No queriendo deber su salvacion á las armas, buscó un asilo en la casa de un amigo, donde le acompañó San Martin con mucho peligro de su propia vida.

De este lugar de refugio fué de donde arrancaron á Solano para arrastrarle sin compasion por las murallas y plazas públicas.

El recuerdo de este sangriento suceso, no se apartó nunca de su memoria, dice un biógrafo frances de San Martin. Él le inspiró ese profundo horror por las asonadas populares, que, mezclándose en su pecho al culto ardiente de la libertad, llegó á constituir el fondo de su carácter político, dictándole sus palabras y determinando sus

acciones. Si en el curso de su larga é ilustre carrera, no cedió en un ápice de sus principios; si sabía y decia con mas firmeza que nadie, que el gobierno de este mundo pertenece á la inteligencia; si segun él la libertad política no era posible, y la dignidad humana no podia tener una salvaguardia segura, sino á condicion del mantenimiento inflexible del órden, debemos atribuirlo á las vivas impresiones que dejaron en su espíritu esta sublevacion de Cádiz y los atroces crímenes que la mancharon. Los corazones firmemente templados, guardan eternamente, como el bronce, las impresiones que una vez recibieron.

San Martin, jóven y destinado á contribuir bien pronto á la libertad de una parte de América, no debia sucumbir como su gefe que se hallaba por sus años casi al término de su carrera. La casa de un amigo y compañero de armas, le sirvió de defensa contra las pesquizas de los amotinados hasta que logró huir á Sevilla, en donde le destinaron al ejército del general Castaños.

La noble guerra de la independenciam començaba para los españoles. El pundonor, el amor pátrio, todos los sentimientos dignos que se levantan al rededor de un gran propósito, se exaltaron naturalmente en el americano que llevaba sangre

castellana en las venas. Si los franceses eran usurpadores en España, los españoles habían llegado á serlo también en América, y por consiguiente el sentimiento de la independencia adquiría en el corazón de San Martín una fuerza doble al recuerdo de la esclavitud de su patria.

Pensando en ella, se consagró al cumplimiento de sus nuevos deberes. El teatro en que se presentaba era el mejor para adquirir experiencia militar y para estudiar en grande las operaciones de la guerra. Iba á combatir al lado y al frente de valientes, en alianza con los batallones británicos, contra los soldados más victoriosos y aguerridos del mundo.

Más parece resultado de sus deseos de adquirir luces y experiencia, que de la casualidad, la circunstancia de haber pertenecido á diferentes armas durante su permanencia en la Península. Fué infante ligero en el regimiento de Campomayor, como lo había sido también en el de Murcia; comandante de caballería en el regimiento «Dragones de Numancia.» Trece meses permaneció, por los años de 1798, á bordo de la fragata de la real armada «Dorotea», y en ella se halló en un encuentro sangriento con el navío inglés «Leon», el día 15 de Julio de aquel mismo año.

Tuvo por generales á los mejores de España al comenzar el siglo, — á Castaños, al marques de Coupigny, al marques de la Romana. Se halló en Bailen el 19 de Julio de 1808, mereciendo una mencion honrosa en el parte de esta famosa jornada; en la de Albufera, el 15 de Mayo de 1811, alcanzando por su notable conducta y el brio de su sable en este dia, y sobre el campo mismo de batalla, el grado de Comandante efectivo.

Fué, pues, completo y feliz el aprendizaje de San Martin. Leales y bravos fueron sus gefes; noble la causa de la lucha; elevado el rango en que prestó sus variados é importantes servicios. Cuando se decidió á regresar á América era un militar aguerrido y lleno de esperiencia.

Así que llegó á conocimiento de San Martin el paso atrevido dado por sus compatriotas en Mayo de 1810, volvió su atencion hácia los lugares que habia abandonado en los tiernos años de su edad, y siguió con interés y emocion las primeras escenas del drama en que deseaba ser actor. Espiando desde entonces una oportunidad para desligarse de sus compromisos con la España, la halló en el carácter caballeroso y en las ideas liberales de su amigo el General Sir Cárlos Stuart, quien, aunque aliado decidido de los españoles, simpati-

zaba con la causa de la emancipacion Americana. Así que este se impuso del deseo que tenia San Martin de servirla y de dirigirse inmediatamente á un puerto de Europa para pasar desde él á Buenos Aires, dióle varias cartas de recomendacion para sugetos repetables de Lóndres, y especialmente para el Lord Macduff, que acababa de militar en la Península.

San Martin llegó á la capital del Reino Unido á fines de 1811. El tiempo que residió allí no fué perdido para los intereses de América, pues contrayendo relaciones con varios venezolanos y argentinos, devotos ardientes de la causa de la emancipacion, estableció con ellos una Sociedad secreta para servir con todo género de elementos á aquel generoso y patriótico objeto.

Las personas á quienes iba recomendado pusieron empeño en facilitarle medios de transporte, hasta que logró embarcarse acompañado de D. Carlos Alvear y de D. Matias Zapiola, á bordo de la fragata *Jorge Cuning*, en un dia de Enero del año 1812.

El 13 de Marzo siguiente llegaban al puerto de Buenos Aires estos tres argentinos que debian señalarse muy luego en los campos de la lucha en que se hallaba comprometida la patria. El Gobier-

no de Buenos Aires encomendó inmediatamente á San Martín la creación de un cuerpo de caballería, y el 7 de Diciembre del mismo año 1812 le estendió los despachos de Coronel del Regimiento de «Granaderos á Caballo.» Esta falange de bravos formada bajo la mas acertada disciplina, tuvo por destino el pasearse victoriosa por la mitad de América, llevando por todas partes la victoria y la honra del nombre argentino.

Pero San Martín, en los primeros tiempos de su llegada á la patria, no se contentó con crear soldados. Él sabia que para que una revolucion llegase á su término, es indispensable asociar las ideas á la fuerza, y concentrar la dirección de unas y otra en pocos hombres de inteligencia superior y de corazón bien templado. Pudo equivocarse en los medios; pero su intención fué prudente ó al menos análoga con su carácter positivo, anheloso siempre de alcanzar los resultados por el camino mas seguro y corto.

San Martín ayudado eficazmente por su compañero Alvear estableció en Buenos Aires la famosa logía de «Lautaro», sociedad secreta, de miras puramente políticas, cuya primera idea se atribuye al famoso general caraqueño Miranda; fundador de la GRAN REUNION AMERICANA, cuyo centro, estable-

cido en un puerto de la península, derramó según creen algunos, su influencia liberal sobre varios puntos de América. Lo que hay de cierto es que San Martín y sus dos compañeros de navegación fueron los fundadores de la masonería política en el Río de la Plata, según lo asegura el bien informado historiador de Belgrano. Según este mismo escritor, la LOJIA DE LAUTARO, influyó en los sacudimientos internos, llevó al poder los hombres elegidos por ella, atrajo á sus miras á los miembros de las cuerpos deliberantes y llegó á ser la reguladora de nuestra política interna á fines del tercer año de la revolución de Mayo.

La vida puramente militar de San Martín en América se inició á las márgenes del Paraná al comenzar ese mismo año 12, sobre cuyos destinos políticos habia ejercido una influencia tan notable como disimulada.

Los marinos españoles dueños del puerto de Montevideo, afligian á nuestras poblaciones del litoral con ataques inesperados. En el mes de Octubre de 1812, una escuadrilla española habia saqueado los pueblos de San Nicolás y de San Pedro. Para librar de semejante consternación á los pacíficos moradores de la costa, fué enviado al pueblo del Rosario de Santa-Fé el regimiento de ca-

balleria al mando de su coronel San Martín. Informado éste de que los marinos se preparaban á practicar un desembarco en un punto mas al Norte, denominado «San Lorenzo», tal vez con la esperanza de posesionarse del territorio intermedio entre la capital y las Provincias, se trasladó allí sin ser sentido de los señores del Rio, y les tendió una red digna de la sagacidad y sangre fria del experimentado coronel de Granaderos.

San Lorenzo es un antiguo convento de franciscanos situado en la planicie inmediata á las empinadas barrancas del Paraná. A espaldas de los macizos claustros, se colocaron durante la noche, burlando con la oscuridad y el silencio á las espías del enemigo, los pocos pero denodados Granaderos, con sus briosos caballos de la brida, esperando la voz de su Gefe. Sobre las bóvedas de la iglesia, impaciente por que asomaran las primeras vislumbres del dia, estaba San Martín informándose con el oido y con la vista de los movimientos del enemigo. Eran las cinco de la mañana cuando doscientos cincuenta infantes desembarcados en el puerto tomaron la direccion del convento, confiados, contentos, marchando á tambor batiente con las banderas desplegadas. Estarian á cien varas de distancia del punto que ya

consideraban en su poder, cuando divididos los ginetes de la patria en dos divisiones de á sesenta hombres cada una, cayeron sobre el enemigo con una intrepidez irresistible y sable en mano, segun la espresion del parte oficial. Los invasores tambien se sostuvieron con esfuerzo; pero pronto se vieron obligados á replegarse en fuga hácia las barrancas protegidos bajo los fuegos de las embarcaciones de guerra. Cuarenta cadáveres, catorce prisioneros, doce heridos, dos cañones, cuarenta fusiles y una bandera arrancada con la vida al que la custodiaba, fueron los trofeos de la victoria del 3 de Febrero. La de San Lorenzo está colocada en nuestro himno nacional entre las de San José y de Suipacha y es por consiguiente una de las primeras en nuestros gloriosos anales. La carrera de triunfos de que ella es el punto de partida no debia terminar sino á las márgenes del Rimac, estendiéndose desde los 12 hasta los 33 grados de latitud sud en la América independiente.

La nueva de la victoria de San Lorenzo vino á completar en Buenos Aires la confianza en la situacion y á robustecer el espíritu público como una demostracion práctica de nuestra superioridad material sobre el enemigo. El poder de las

armas se aunaba á las fuerzas morales del país que en ese momento se veían converger hácia esta capital, representadas por los miembros de la Asamblea Constituyente, cuya solemne apertura acababa de tener lugar en el último día del mes de Enero. Este cuerpo, llamado según el sentimiento de aquellos días, «á desterrar con la energía de sus resoluciones, hasta la esperanza en los tiranos de triunfar sobre el país», comenzó sus notables tareas bajo los auspicios de la victoria y en medio de una población llena de entusiasmo y de confianza en lo venidero.

Hasta este momento la vida del General San Martín se había confundido con la de la generalidad de los militares valientes. Pero desde la jornada de San Lorenzo comenzó á tomar lugar en el catálogo de los hombres célebres del siglo, según la oportuna observación de un escritor extranjero.

La suerte de las armas fué varia como de costumbre para los Ejércitos de la revolución. El desastre de Ayúma había puesto una parte de la opinión pública en contra del virtuoso General Belgrano que mandaba en Gefe el Ejército del Perú. Bajo el peso de dos derrotas y una séria enfermedad contraída por las fatigas de campañas penosas, había solicitado del Gobierno su relevo, fundándo-

se mas en razones de conveniencia pública que en su situacion personal. En consecuencia de este paso de Belgrano, el Gobierno le comunicó con fecha 18 de Enero de 1814, que habia nombrado para subrogarle en el mando, al Coronel de Granaderos á Caballo D. José de San Martin.

El 30 de aquel mismo mes, el nuevo General estaba dado á reconocer como Gefe del Ejército, y al comunicar al Gobierno este acontecimiento se espresó en estos términos: «Me encargo de un Ejército que ha apurado sus sacrificios durante el espacio de cuatro años; que ha perdido su fuerza física y solo conserva la moral; de una masa disponible á quien la memoria de sus desgracias irrita y electriza y que debe moverse por los estímulos poderosos del honor, del ejemplo, de la ambicion y del noble interés. Que la bondad de V. E. hácia este Ejército desgraciado se haga sentir para levantarlo de su caída.»

El tenor de estas palabras tanto cuadran en favor del Ejército, como forman el mejor elogio del General que lo habia creado. Apesar de la demoralizacion á que le habian conducido los repetidos desaires de la fortuna, aun conservaba su vigor moral y era capaz de acciones heróicas sin mas estímulos que los del honor. Y este testimo-

nio lo daba el mismo sucesor de Belgrano, que tenia la nobleza de decir la verdad y que confiaba tanto en su mérito que no temia envidioso la sombra del ilustre personaje en cuyo lugar se colocaba por obedecer al Gobierno.

« Es un espectáculo digno de la atencion de la posteridad, dice el historiador de la época de Belgrano, el momento en que dos hombres eminentes se encuentran en la historia á la sombra de una misma bandera; y si ambos llegan á comprenderse y estimarse, haciéndose superiores á las innobles pasiones que les impiden hacerse recíproca justicia, entonces la escena es tan interesante como moral. Tal sucedió con San Martin y Belgrano, los dos hombres verdaderamente grandes de la revolucion Argentina, y que merecen el título de fundadores de la Independencia. » Un estudio reflexivo de este encuentro de los dos famosos guerreros, desmiente la especie de que existiera entre ellos una rivalidad poco noble. Al contrario, apenas se recibió San Martin del mando del Ejército, interpuso su valimiento á fin de que la Comision establecida en Buenos Aires para juzgar á Belgrano por sus contrastes de Vilcapujio y Ayouma, dejase á un lado la prosecucion del proceso para facilitar así la reorganizacion de las fuer-

zas desmoralizadas por la derrota. Insistiendo el Gobierno, sin embargo, en la necesidad de llevar adelante la averiguacion de las causas de los desastres mencionados y habiendo dispuesto que Belgrano pasase á la Ciudad de Córdoba despues de entregar el mando del Regimiento número 1º que hasta entonces conservaba, todavia encontró un apoyo y un amigo en San Martin, quien tuvo bastante entereza para negarse á cumplir las terminantes órdenes recibidas, apoyándose en las siguientes consideraciones: «He creido de mi deber, escribia San Martin al Gobierno con fecha 13 de Febrero, imponer á V. E. que de ninguna manera es conveniente la separacion del General Belgrano de este Ejército: en primer lugar, por que no encuentro otro oficial de bastante suficiencia y actividad que le subrogue en el mando de su Regimiento, ni quien me ayude á desempeñar las diferentes atenciones que me rodean con el orden que deseo, é instruir la oficialidad... Me hallo en unos paises cuyas jentes, costumbres y relaciones me son absolutamente desconocidas y cuya topografia ignoro; y siendo estos conocimientos de absoluta necesidad para hacer la guerra, solo el General Belgrano puede suplir esta falta, instruyén dome y dándome las noticias necesarias de que ca-

rezco (como lo ha hecho hasta aquí)... Su buena opinion entre los principales vecinos emigrados del interior y habitantes del pueblo, es grande: que apesar de los contrastes que han sufrido nuestras armas á sus órdenes lo consideran como un hombre útil y necesario en el Ejército, porque saben su contraccion y empeño, y conocen sus talentos y su conducta irreprochable... En obsequio de la salvacion del Estado díguese V. E. conservar en este Ejército al Brigadier Belgrano.»

Bien considerado este documento, se hallará que no solo honra sobremanera á su autor por la generosidad y sentimientos de justicia de que dá muestra, sino porque encierra un sacrificio del amor propio, hecho en obsequio de la verdad y de los intereses de la patria. San Martin no vacila en presentarse despojado de un prestigio ante la opinion, que cualquiera otro menos honrado, puesto en su caso, habria fingido y exajerado, y declara que las simpatías de la jente importante del pais no le llegaban á él sino reflejadas por la digna persona del héroe abatido á quien con tanta nobleza sostenia, aunque sin fruto.

San Martin se entregó con empeño á la reorganizacion de las fuerzas que quedaban exclusivamente á su mando, y dió al arma de caballeria la

forma y disciplina que con tan buen éxito estaban ya ensayadas en los escuadrones de Granaderos. Modificó la táctica sacándola de las viejas vías de la rutina, y levantó el espíritu marcial de los oficiales, dando á la delicadeza en la honra personal el estímulo del desafío severamente prohibido hasta entonces por su antecesor. Para remontar el ejército, pidió contingentes de reclutas á todas las provincias argentinas, especialmente á la de Santiago del Estero; fundó una Academia Militar, á la que asistía personalmente, para instrucción de los jefes y subalternos; y por último, logró reunir bajo la bandera de aquel ejército que encontró reducido á 1.800 hombres, el número de tres mil. Convencido de la necesidad de sostener la posición de Tucuman, dispuso la construcción de un campo atrincherado en sus inmediaciones, no solo para apoyo y punto de reunión del ejército en caso de un contraste, sino para facilitar su pronta organización, dando ocupación á los reclutas, cortando los conatos de deserción, y adiestrando á la oficialidad en las obras de defensa.

Este campo, se hizo célebre en los fastos de las hazañas argentinas, bajo el nombre de la «Ciudadela de Tucuman.» En 1833, visitando este sitio.

un viagero argentino, solo halló en él ruinas cubiertas por la maleza, soledad y silencio.

Mientras San Martín moralizaba sus soldados noveles, tomó algunas medidas que no constituían en realidad un plan completo de campaña. Era necesario hacer frente al enemigo engreído por la fortuna de sus armas; pero habría sido peligroso comprometerse contra él en operaciones serias y decisivas. En esta situación, contentóse San Martín con confiar la defensa de las fronteras de la revolución á algunos valientes comandantes de milicias, entre los cuales se distinguió por su constancia y pericia de guirriero el famoso D. Martín Güemes, caudillo de los paisanos de la provincia de Salta. Y ya que le faltaba la fuerza material para ahuyentar á los enemigos, recurrió en esta vez, como en tantas otras, á lo que pudiera llamarse su estrategia diplomática. Por medio de combinaciones ingeniosas, en que era fértil su cabeza, logró persuadir al enemigo de que las avanzadas de caballería al mando de Güemes, eran la vanguardia de un ejército considerable que maniobraba mas allá de Salta, para evitar la reunion de las fuerzas al mando de dos de los principales gefes españoles. Sobrecogidos estos con las consecuencias que podria tener un movimiento aislado

do en caso de tropezar con fuerzas superiores de los insurgentes, dejaron pasar la estación y el tiempo mas adecuados para adelantar las posiciones que habian logrado ocupar.

San Martín no estaba satisfecho con los elementos militares que tenía á su disposición, ni ellos podían proporcionarle un resultado definitivo, á que aspiraba. Él quería dirigir un ejército en el cual reinase la unidad y la disciplina estricta á que se oponían en el territorio argentino, tanto la naturaleza del terreno como las propensiones de sus moradores. Estaba convencido, por otra parte, que el centro del poder español, no debía ser atacado por el camino largo y peligroso que ofrecía el alto Perú sino por otro mas corto y mas inesperado para el enemigo, y que la guerra en esta parte de América no tendría término sino con la ocupación de Lima. Con su permanencia en el Norte, tocando de cerca la ineficacia de los esfuerzos pasados, y meditando como general en jefe la solución del gran problema militar de la revolución, llegó á concebir el plan que constituye su mayor gloria. Fué en la ciudad de Tucumán en donde tuvo la visión de lo que realizó mas tarde. Los Andes y el Océano Pacífico, que otro genio menos atrevido que el suyo, hubiera conside-

rado como barreras insuperables, fueron consideradas por él, como auxiliares de sus designios. Colocado á la falda argentina de la Cordillera, se dijo á si mismo:—crearé un ejército pequeño, pero que se mueva como un solo hombre. Los esfuerzos del gobierno de Buenos Aires y el patriotismo chileno, engrosarán sus filas y le abastecerán de recursos, y el dia menos pensado, cruzando los desfiladeros, caerá como un torrente sobre los enemigos que dominan en Chile. Este país, abundante en elementos de guerra marítima, por la estension de sus costas, me dará una escuadra bien tripulada, y el Virey del Perú nos verá llegar á sus puertas, atacándole por tierra y por las aguas del Callao bajo las banderas combinadas de Buenos Aires y de Chile.

Este pensamiento que entonces no habria sido comprendido ni aceptado sino por muy pocos, quedó secreto en la cabeza de quien lo concibió. Pero, desde aquel momento, se puso San Martin en camino de realizarlo, empleando su paciencia y su sagacidad caraterísticas. Su primer paso debia ser su separacion del mando del ejército. Para llegar á este fin, comenzó á quejarse de una enfermedad al pecho, se retiró á un lugar de campo y desde allí se trasladó á Córdoba,

dejando el ejército á cargo del general D. Francisco Cruz. El Director Posadas aceptó la renuncia que San Martín le dirigió desde aquella ciudad, y movido por las instancias de los amigos de éste, residentes en Buenos Aires, le nombró gobernador de la provincia de Cuyo, empleo poco solicitado por lo general, pero ambicionado disimuladamente por San Martín, como punto de partida para el desenvolvimiento de sus planes. El 10 de Agosto de 1814 se le confirió á San Martín el cargo de Gobernador Intendente de la provincia de Cuyo, que comprendia entonces los territorios de Mendoza, San Juan y San Luis.

Es fácil de comprender el placer con que el nuevo Intendente de Cuyo se apresuró á trasladarse á Mendoza, punto casi de tránsito indispensable entre la República Argentina y Chile y desde donde podia informarse diariamente del estado de las cosas que tenian lugar al lado opuesto de la Cordillera.

La situación de la revolución de Chile no era en manera alguna lisonjera y se hallaba en la víspera de grandes desastres. La noticia del de Rancagua, que entregaba aquel país al poder español, llegó á Mendoza el 9 de Octubre y poco despues comenzaron á descender á la llanura cuya-

na, los gefes derrotados, los soldados dispersos y las familias comprometidas que buscaban seguridad. San Martín recibió á los restos del ejército de Chile y á sus gefes con las distinciones que se merecian, y apuró sus recursos para facilitar á las familias emigradas los auxilios que exigia su situacion. Mil mulas y abundantes víveres les salieron al encuentro en el descenso de las ásperas cumbres de las montañas.

Entre los patriotas chilenos y á la cabeza de las dos parcialidades en que se dividian, estaban dos hombres importantes y rivales, O'Higgins y Carrera. San Martín les conocia por sus antecedentes, pero aquella era la primera vez que se acercaba á ellos y les trataba. Carrera se presentó petulante y descomedido ante el gobernador de Cuyo; O'Higgins, por el contrario, se manifestó en aquella ocasion—á propósito para mostrar el fondo del verdadero patriotismo—disciplinado, caballeroso y desprendido. Carrera era el Señor voluntarioso, formado en la escuela aristocrática de la colonia; O'Higgins educado en Inglaterra, trabajado en la juventud por la desgracia, era el tipo de la prudencia y de las virtudes sociales que constituyen el verdadero valor del individuo destinado á mandar. La simpatía de San Martín no

vaciló un momento. Colocado entre el arrojado y brillante caudillo y el hombre de propósitos maduros, acordó desde luego su confianza y su amistad al último de los dos ilustres chilenos.

La profunda desavenencia entre ambos gefes compatriotas, el carácter inquieto de Carrera, dieron muchos cuidados á San Martín, poniéndole en el caso de desenvolver una gran energía y atención de espíritu para mantener el brillo de su autoridad y hacerse dueño de los elementos que la emigración chilena le proporcionaba para realizar su plan predilecto. El día 30 de Octubre, dió el último golpe para sofocar las tentativas anárquicas. Al frente de la caballería miliciana apoyada en dos piezas de artillería, se presentó delante del cuartel de los soldados de Carrera, á quien intimó que desde aquel momento los emigrados de Chile quedaban bajo la protección del Supremo Gobierno de las Provincias Unidas, y que en el término de diez minutos pusiese sus fuerzas á las órdenes del Comandante General de Armas D. Marcos Balcarce. Desde ese día cesó la turbación y el alarma que las tropas chilenas habían introducido en Mendoza. San Martín remitió á Buenos Aires la gente de Carrera, no queriendo, según sus propias palabras, «emplear

soldados que sirven mejor á su caudillo que á la Pátria.»

San Martín habia convertido á la antes silenciosa ciudad de los mendocinos, en un foco de ruido y actividad militar. Un Ejército improvisado estaba á espera de momento propicio para comenzar la campaña; pero convencido su Gefe de que ese momento aun no era llegado, comunicó al Gobierno de Buenos Aires la necesidad de resguardar contra los realistas los desfiladeros de la Cordillera y de mantenerse á la defensiva.

Consecuente con esta idea previsorá, destinó al entonces Teniente Coronel Las Heras, á que se estableciese con la Division de Auxiliares cordobeses en Huspallata, dándole instrucciones para que procediese con acierto en cualquiera eventualidad.

Asegurado así contra las consecuencias de un ataque imprevisto, se propuso ganar tiempo, distrayendo mañosamente la atencion de los principales Gefes realistas, Ossorio y Pezuela. San Martín comprendió que era preciso desvanecer en el primero el temor de ser atacado, por que así se mantendria quieto; é inspirar al segundo confianza en los progresos de la reaccion Española en Chile. Realizó este pensamiento,

presentándose ante el vencedor de Rancagua con autorizacion suficiente para entrar en negociaciones con él, tendentes á evitar la sucesiva efusion de sangre y restablecer las relaciones de comercio entre uno y otro lado de la Cordillera, interrumpidas desde el desastre de los patriotas. Al mismo tiempo, para desorientar á Pezuela, hizo llegar al Ejército del Perú por conductos dignos de crédito para los españoles, el rumor de que la Provincia de Cuyo acababa de ser invadida y tomada por las tropas victoriosas de Ossorio. Estos ardidés surtieron su efecto: Ossorio y el Virrey de Lima permanecieron inactivos, esperando de un momento á otro la noticia definitiva del descalabro de los insurgentes tan mal tratados ya por la suerte de las armas.

Mientras tanto no cesaba San Martin en sus aprestos militares. Puso á contribucion todos los recursos de la provincia de su mando, valiéndose de las sutilezas de su ingenio para despertar el patriotismo de los ciudadanos, quienes acudieron á las necesidades del Ejército con su dinero, caballerias, y demas productos de aquel territorio feráz y agricultor. En sus notas oficiales al Gobierno de Buenos Aires tuvo buen cuidado de ponderar los peligros en que se encontraba, y lo hizo con tanta

eficacia que apesar de la apurada situacion de aquel Gobierno, consiguió que le remitiese auxilios de artilleria al mando de buenos oficiales, de armamentos y municiones, de soldados exelentes de todas armas.

Apesar de la carga que imponia á la Provincia de Mendoza la residencia en ella de un ejército numeroso y necesitado, cada dia crecia mas en su vecindario el respeto y la aficion á su Gefe. Un incidente vino á demostrar esta verdad. Para apremiar mas al Gobierno de Buenos Aires á fin de que le prestase mayor cooperacion que hasta allí, ponderó tanto los peligros á que estaba espuesto el territorio de su mando, que llegó á pedir su relevo, pues solo podia hacer frente á aquella situación un militar de salud mas robusta que la suya. La nota en que así se espresaba, llegó á Buenos Aires á la sazón en que el Directorio estaba desempeñado por un hombre que tenia celos de los laureles de San Lorenzo, y dispuso que inmediatamente pasase un Coronel á Mendoza á tomar la direccion de la Intendencia. Así que se supo en aquel pueblo semejante nueva, se llenaron las calles de protestas escritas convocando al pueblo á un Cabildo abierto, en el cual se resolvió mantener en su puesto al antiguo Gobernador.

Mientras tanto, el recién nombrado por el Director se presentó en Mendoza el 21 de Febrero de 1815. Inmediatamente después de su llegada ofició San Martín al Cabildo para que se reconociese á su sucesor; pero esta corporación lejos de cumplir con los deseos del Jefe de sus simpatías, se negó á aceptar al nuevo mandatario y dispuso que se sostuviese á San Martín y que se despachase un enviado á Buenos Aires para explicar al Director las razones en que se fundaba la conducta de la Municipalidad mendocina. El Gobernador desechado, regresó inmediatamente á la Capital, sin que su nombramiento hubiese servido mas que para hacerle blanco de un terrible desaire que de lleno iba á herir el amor propio del Director. San Martín quedó vengado. Este fué uno de los sucesos precursores de la revolución de Abril que obligó al Director Alvear á buscar un asilo en la Capital del imperio vecino.

Este cambio en el personal del Gobierno General levantó al poder á los amigos del Gobernador de Cuyo, cuyos planes favorecieron, ajitando el envío de fuerzas y pertrechos para el Ejército que se formaba al pié de la Cordillera. Un cuerpo de Granaderos á Caballo al mando del Teniente

Coronel Zapiola, armamentos, vestuarios, oficiales de artillería al frente de varios cañones y obuses con las dotaciones correspondientes de soldados y pertrechos, tales fueron los auxilios importantes con que concurrió Buenos Aires después de la desaparición de Alvear. .

Mientras los elementos materiales se acumulaban y se les daba distribución, San Martín estudiaba su próxima campaña, examinando el terreno y tratando de penetrar en los secretos todos de la situación del país sobre que se proponía operar. En lo más riguroso de la estación fría de aquel clima, inspeccionó personalmente los desfiladeros de los Andes, especie de colosales hendiduras que prestan paso al través de las moles. Pero esta no era la más difícil de sus indagaciones. La verdadera dificultad consistía en la adquisición de noticias sobre la situación de Chile, las disposiciones de sus mandatarios y el estado de la opinión. Para salvarla, discurrió San Martín un arbitrio ingenioso que no nos es dado referir aquí con los pormenores que le dan un interés original. Comenzó á hacer circular la especie de que los emigrados chilenos eran maltratados por el gobernador de Mendoza, á punto de que les era preferible el regresar á su país y someterse á sus do-

minadores. Las «Gacetas» realistas de Santiago, fueron el eco de estas voces; y así que tomó la ficción colores de verdad para las autoridades españolas, despachó á algunos oficiales chilenos, decididos por la causa de la independencia, con encargo de comunicarle desde su país, las noticias que le eran absolutamente necesarias acerca de lo que allí se pensaba sobre operaciones militares. Estos falsos arrepentidos, prestaron á mas el servicio no menos importante, de avivar las esperanzas en la revolucion, y de confortar los ánimos de los patriotas chilenos, abatidos por el yugo de la reconquista.

San Martín que queria guardar con cien llaves el secreto de sus designios, no confiando solo en su reserva, se propuso estraviar al enemigo en sus juicios. Para conseguir este objeto se valió de algunos españoles, acérrimos partidarios de la causa realista, que estaban desde el tiempo de Carrera desterrados en las ciudades de Cuyo, especialmente de un tal Albo, de quien sacó un partido digno de referirse.

Albo era hombre firme, sin disimulo, conocido por su decision á la causa de su gobierno: por consiguiente, era tenido por los dominadores de Chile por el leal de los leales. Una per-

sona de la confianza de San Martín estaba encargada de mantener una activa correspondencia sobre asuntos insignificantes con el porfiado peninsular, obteniendo así una gran cantidad de papeles á cuyo pie se leía el nombre del respetable Albo, con su gárabato correspondiente. Mientras corría este inocente comercio epistolar, San Martín había emprendido otro de diferente naturaleza. El correspondiente que el futuro vencedor en Chacabuco y Maipo había escogido, era nada menos que el Presidente Marcó, quien recibía las misivas de Mendoza en la creencia de que le iban de manos de Albo, pues siempre las acompañaba una firma de puño y letra de éste. La supuesta correspondencia que proporcionaba frecuentes ratos de alegría al Presidente y á sus favoritos inmediatos, contenía un tejido de invenciones acerca de lo que se hacía y se pensaba en Mendoza, que como puede presumirse, era todo lo inverso de la realidad. Este ardid puso una venda sobre los ojos de Marcó, detrás de la cual no podía ver sino lo que se le antojaba al Intendente de Mendoza.

Así preparaba y maduraba éste sus planes. Mientras allanaba los obstáculos que podemos llamar morales, iban creciendo los elementos de

fuerza, que por entonces se acrecentaron con 600 plazas del Regimiento de Negros, al mando del valiente coronel D. Pedro Conde, enviado desde Buenos Aires.

La derrota de Sipesipe que llenó de consternacion á los independientes, fué motivo para que San Martin, que no se desalentaba con los contrastes, diese nuevo impulso á los trabajos. Los primeros dias del año 1816, le encontraron completamente decidido á emprender su expedicion á Chile. Trasladando su habitacion al campamento mismo para dirigir personalmente los ejercicios militares y trabajo de los talleres, les infundió mayor actividad que la que habian tenido hasta entonces. Haciendo de su rancho centro de todas las operaciones de ensayo, presidia el ejercicio de los infantes, las evoluciones de la gente de á caballo y hasta la construccion de las cartucheras, del calzado y de los uniformes para la tropa. A fines de febrero creyó San Martin que ya era tiempo de comunicar francamente su pensamiento al gobierno de las Provincias Unidas. Con este objeto y con el de solicitar mayores recursos, despachó á Buenos Aires un enviado especial, que desempeñó con acierto la comision que le habia confiado.—El gobierno general apesar

de hallarse rodeado de dificultades, escuchó benévola-mente al representante del gobernador de Cuyo, y le acordó una fuerte suma de dinero para el equipo de la expedición proyectada. Balcarce que gobernó interinamente el Estado poco después, remitió también á Mendoza con el mismo objeto, armamentos, municiones, artillería de campaña y muchos otros artículos de guerra.

San Martín supo entenderse siempre con los hombres de mérito. El Congreso instalado en Tucumán el 24 de Marzo de 1816, había nombrado al General Pueyrredón, que era uno de sus miembros, Director Supremo del Estado. Al dirigirse á la Capital á tomar su puesto al frente de los negocios públicos, debía pasar por Córdoba y allí fué á encontrarle San Martín para inclinarle á favor de su gran pensamiento. La entrevista entre estos dos personajes, sobre la cual se han propalado algunos rumores absurdos, fué digna y cordial y tuvo por resultado un perfecto acuerdo de miras. Desde el día 15 de Julio en que se verificó la entrevista, San Martín pudo contar con la cooperación del nuevo Director como lo demostraron después los hechos.

Por ejemplo: El Gobierno de Buenos Aires, contribuyó mensualmente con veinte mil pesos

fuertes para el mantenimiento y equipo del Ejército que se creaba en Mendoza, cantidad muy considerable para aquel tiempo en que las rentas eran escasas y el país se hallaba empobrecido por la guerra. Mas tarde, el 17 de Octubre, el Gobierno de Buenos Aires confirió á San Martín las facultades de Capitan General de Provincia con tratamiento de Excelentísimo.

De regreso á Mendoza el Gobernador de Cuyo, redobló su actividad y aceleró sus aprestos, comenzando por engrosar las filas de sus soldados con los esclavos del vasto distrito de su mando, que fueron por su influjo declarados libres.

Pronto puso al Ejército en estado de comenzar una campaña que ya no podia envolverse en el misterio. En la necesidad de preparar el campo para las operaciones bien meditadas de antemano, fomentó sublevaciones de patriotas al otro lado de las Cordilleras, que distrajesen la atención de las autoridades españolas, al mismo tiempo que por medio de parlamentos con los indios del Sud de Chile, persuadió á las mismas autoridades á que en caso de invadir tomara una ruta que estaba muy lejos de su verdadera intención.

El campamento de Mendoza tomó la actitud que debía tomar en realidad muy pronto al frente del

enemigo. Desde la primera luz ya estaba San Martín en él: un tiro de cañon anunciaba la formacion de todos los cuerpos, y las maniobras militares duraban todo el dia prolongándose á veces á la claridad de la luna.

Pero el Ejército no podía aventurarse en los desfiladeros, sin un reconocimiento formal practicado de antemano. San Martín que ayudado del espíritu de la revolucion habia sabido convertir en director de sus parques á un fraile franciscano, halló un hábil ingeniero de campaña entre los jóvenes capitanes de su artilleria. Alvarez Condarco fué encargado del reconocimiento facultativo del camino de las Cordilleras, disfrazado con el carácter de parlamentario, portador de una nota dirigida al presidente de Chile contraida á noticiarle la declaracion de la Independencia Argentina proclamada por el congreso de Tucuman. Puede calcularse la impresion que causaria á Mar-có esta embajada, verdadero desafio á su poder puesto en ridículo, mucho mas cuando forzosamente tenia que disimular su enojo, por temor de empeorar la suerte de sus compatriotas prisioneros en el territorio de Cuyo.

Mientras se practicaba por aquel medio injenioso el reconocimiento del tránsito, dividió San

Martin el Ejército en tres cuerpos principales, de los cuales él se reservó el mando de la reserva confiando al Mayor General D. Miguel Estanislao Soler la vanguardia y el centro al General O'Higgins. Zapiola, Cramer, Las Heras, Alvarado, Plaza, etc, eran los principales entre los valientes gefes que le acompañaban. La infantería montaba al número de tres mil hombres, la caballería regular á 600 granaderos, la artillería compuesta de diez cañones de á seis, de dos abuses y de cuatro piezas de montaña, la servian trescientos hombres. Mil y doscientos milicianos montados y algunos hombres destinados á conducir los viveres y forrajes y á despejar el camino, aumentaban el número de estas fuerzas hasta componer un Ejército de cinco mil y tantos soldados de las tres armas.

Los Andes Argentinos se levantaban delante de esta espedicion que llevaba la libertad á la falda que mira al Océano Pacífico. Cumbres mas elevadas que el Chimborazo, nieves perpétuas que se mantienen á la altura de cuatro mil metros, montañas de granito que se suceden unas á otras desnudas de toda vejetacion, constituyen la naturaleza de esa Cordillera en cuyos valles angostos en que serpentean los torrentes, no en-

cuentra el viajero mas que peligros. Estos valles, algunos de los cuales se prolongan con el nombre de quebradas de un lado al otro, facilitan la comunicacion entre nuestra República y la de Chile. El Ejército se internó por dos de estas quebradas, la de los Patos y la de Uspallata, que corren próximamente paralelas entre sí. En el término de diez y ocho dias y despues de caminar al borde de los abismos mas de ochenta leguas, comenzaron aquellos bravos á descender las primeras pendientes occidentales, y el 4 de Febrero de 1817, reunidas las vanguardias de las dos divisiones invasoras comenzaron á guerillar al enemigo. Dos brillantes jóvenes de Buenos Aires, célebres mas tarde en la gran guerra de la Independencia, Necochea y Lavalle, tuvieron la principal parte en estos primeros encuentros. Los españoles, despues de varios movimientos en diversas direcciones que demostraban la sorpresa y el terror que les infundia el denuedo de los independientes, concentraron sus fuerzas al mando del general Maroto al pie de la CUESTA DE CHACABUCO. Allí les fué á buscar San Martin, el dia 12 de Febrero.

El Ejército se previno desde la noche anterior, arrojando sus equipages y municionándose

cada soldado con setenta cartuchos. A las dos de la mudrugada del 12 comenzaron á moverse los patriotas divididos en dos cuerpos; el uno á las órdenes de Soler, y el otro á las de O'Higgins. San Martin los seguia de cerca rodeado de su estado mayor. A media legua de la cuesta, donde se hallaba el enemigo, las divisiones comenzaron á operar, la una á la derecha y la otra á la izquierda. La accion se trabó poco despues, y las cargas á la bayoneta dirigidas por el general O'Higgins, el empuje de los granaderos á caballo mandados por Zapiola y el concurso oportuno de Necochea, pusieron en completo desorden al enemigo y le obligaron á huir, dejando dueño del campo al general San Martin. La pérdida del enemigo se computó en 500 hombres muertos y 600 prisioneros. Poco despues del medio dia estaban en poder de los vencedores, todo el parque de los realistas, sus cañones, armamentos y el estandarte del batallon de Chiloé. Mas tarde y á consecuencia de esta victoria, se tomaron seis banderas mas, tres de las cuales se conservan en la Catedral de Buenos Aires.

El vencedor en Chacabuco, quedó inscripto desde el memorable 12 de febrero, en el número

de los grandes capitanes del mundo. Su paciente habilidad, su arrojo calculado con madurez, su admirable travesía de las mas ásperas y elevadas montañas de la tierra, le colocaron naturalmente al lado de Anníbal y Bonaparte. El pueblo de Buenos Aires recibió la plausible noticia catorce dias despues. A las tres de la tarde del 26 de febrero, el Director, rodeado de un lucido cortejo de empleados civiles y militares, tomaba en sus manos la bandera rendida en Chacabuco, que colocada en lo alto de las casas consistoriales, sirvió de trofeo á las banderas nacionales de los batallones de patricios. El pueblo se agolpó á presenciar aquel espectáculo, y sus alegres aclamaciones se mezclaron á las salvas de la artilleria y á los repiques de las campanas de los templos. Al describir el júbilo que embargaba á nuestra poblacion, la prensa de aquellos dias esclamaba con entusiasmo: «Gloria inmortal á cuántos han tenido la dicha de merecer el elogio sublime del regocijo público de sus compatriotas!»

El gobierno del Directorio, manifestó su agradecimiento al vencedor, con algunas honras, entre las cuales son de mencionarse una pension vitalicia de 600 pesos, á favor de su hija Doña

Maria Mercedes Tomasa de San Martin, y el uso, para el general, de un escudo con las siguientes inscripciones: LA PÁTRIA EN CHACABUCO. AL VENCEDOR DE LOS ANDES Y LIBERTADOR DE CHILE.

Las fuerzas derrotadas en Chacabuco, no eran las únicas de que podia disponer el Presidente de Chile para oponer á los vencedores. Habian quedado en Santiago diez y seis piezas de artilleria de campaña, servidas por mas de doscientos hombres, y acababan de llegar á aquella ciudad, los batallones de Chiloe y de Chillán. Estas fuerzas, unidas á un escuadron de húsares y á una fuerte partida de dragones, estaban destinadas para concurrir, bajo el mando del coronel Barañao, á reforzar el ejército de Maroto. Marcharon en efecto, pero tropezaron en el camino con los compañeros dispersos que huian de los sables de los húsares de Chacabuco. El desaliento comienza á cundir; el Presidente indeciso, pierde el tiempo en discutir con sus gefes medidas militares que quedaban en proyecto: la verdad de la situacion penetraba en la capital, á pesar de las ingeniosas disposiciones tomadas para que la poblacion no se apercibiese del estado en que se encontraban sus opresores. Estos, desmoralizados totalmente, tomaron en desórden el cami-

no de Valparaiso, dejando á los patriotas de Santiago entregados al regocijo y á la tarea de organizar un gobierno provisorio y de establecer el órden, mientras las fuerzas libertadoras se aproximaban.

El 13, poco despues de medio dia, entraron á Santiago algunos cuerpos pertenecientes á la division del general Soler, siendo de los primeros, un escuadron de granaderos á cuyo frente iba el Comandante Necochea. El entusiasmo del pueblo á la presencia de aquellos valientes, no puede ponderarse bastante.

Mientras tanto, el General San Martin, quiso evitar á todo trance las ovaciones de triunfo. Dos horas antes de su entrada á la capital, era allí ignorada de todos. Muy preocupado todavia con la idea de realizar sus vastos planes, miraba en menos esas fútiles manifestaciones que á nada conducian. En esos momentos, solo pensaba en los recursos que debia proporcionarle la victoria para llevar adelante la grandiosa obra en que estaba empeñado.

La noticia de estos acontecimientos, corrió con la rapidez de la electricidad por todos los ángulos de Chile y los pueblos comenzaron á deponer las autoridades que emanaban del Presidente en hui-

da. Por la parte del Sur, Talca y sus inmediaciones caían en poder del Gefe patriota Freire, quien habiendo salido de Mendoza veintitantos dias antes que el ejército espedicionario, llegaba á aquellos destinos por los territorios montuosos de Colchagua, en donde engrosaba sus fuerzas con guerrilleros insurgentes, que voluntariamente le salian al encuentro. El comandante Cabot, que á fines de Diciembre habia salido de San Juan y cortado la Cordillera por el camino de los Patos, ayudaba al restablecimiento de las autoridades patriotas en la Provincia de Coquimbo, y ocupaba la importante ciudad de la Serena, despues de haber dispersado en un encuentro feliz las fuerzas realistas que aun permanecian en el Norte.

La influencia militar de la España, declinaba como por encanto á consecuencia del paso del ejército libertador, de las medidas hábilmente tomadas por su gefe desde antes de entrar en campaña, y por el mágico efecto de la aterradora noticia de Chacabuco.

Para no malograr estas ventajas y para llevar adelante la mision libertadora asumida por el general vencedor, era de toda necesidad el establecimiento de un gobierno que emanara de la vo-

luntad general. Con este objeto, publicó un bando el general San Martín convocando al vecindario de Santiago para que eligiese un jefe supremo. El voto de la junta fué unánime á favor del héroe de Chacabuco, confiándole el gobierno del país sin restriccion de ninguna especie. Pero el General San Martín era demasiado patriota y discreto, para aceptar semejante posición en un país que no era el de su nacimiento y á los pocos días de una victoria con la cual habia avasallado las voluntades y el agradecimiento de todos los patriotas chilenos. Dando por sin efecto la reunion popular del 15, provocó de nuevo otra, que se compuso de mas de doscientos ciudadanos, y en la cual fué proclamado Director Supremo del Estado el Brigadier D. Bernardo O'Higgins. Este nombramiento que no era mas que la ratificación de un decreto del Gobierno Argentino, espedido antes de la jornada de Chacabuco, fué aplaudido por el general San Martín, como se hizo saber inmediatamente por medio del santafesino Dr. Vera, patriota avecindado en Santiago desde muchos años atrás.

Las primeras medidas del nuevo gobierno, tuvieron por objeto el rescate de los patriotas que gemian deportados en el presidio de la isla de

sierta de Juan Fernandez, y proveer á la seguridad de los numerosos prisioneros españoles. El Mariscal de Campo D. Francisco Marcó del Pont, era de este número. No habiendo podido llegar para salvarse á uno de los puertos de la costa, tuvo la mortificacion de presentarse ante su vencedor, á quien entregó de una manera ridícula su espadin de parada. El general San Martin, sin ocultar el desprecio que le inspiraba aquel aborrecido mandatario, y sin aceptar una manifestacion que tanto se estima cuando procede de un valiente, le dijo con laconismo irónico: «Si he de poner ese florete donde no pueda ofenderme, en ninguna parte está mejor que en el cinturón de usted.»

La parte de trabajo y responsabilidad que cupo al general San Martin en el gobierno que acababa de instalarse, puede medirse por el estado en que los españoles habian dejado el país sobre el cual pesaban todavía con el influjo y con la fuerza. Las arcas estaban vacias; los archivos sin documentos; el órden público sin base; y sin ningún género de direccion el espíritu revolucionario que se manifestaba por hechos de armas y políticos, independientes de la voluntad gubernativa. San Martin asumió, por decirlo así, la direccion

militar de la nueva administracion, obteniendo en pocos dias, resultados satisfactorios.

Mientras el Comandante Freire se oponia á lo largo del Maule á la reunion de los dispersos que se dirigian hácia el Sur y apresaba algunos tejos de oro que prestaron oportuno recurso al erario de la pátria, reuníanse en Santiago los oficiales prisioneros de Chacabuco para ser trasladados desde allí á la provincia de Cuyo que estaba bajo el mando del Coronel D. Toribio Luzuriaga. Entre quinientos de esos prisioneros que atravesaron los Andes, iba el Obispo de Santiago, que se habia señalado por su adhesion al Gobierno colonial y por su empeño en desacreditar las ideas de libertad y de independenciam. Este acto de energía por parte del Director, estaba en perfecto acuerdo con las ideas de San Martín, á juzgar por su modo de proceder en el Perú en circunstancias idénticas. Allí, viendo que el Arzobispo de Lima pretendia disfrutar de los respetos debidos á su carácter y de una entera libertad de pensamiento y de accion para combatir las miras del Gobierno independiente, «le levantó en peso para Europa, segun sus testuales palabras, para que fuese á echar sus bendiciones á los peninsulares, puesto que queria ser pastor de una iglesia

Americana sin reconocer la independencia . »

La empresa de libertar á Chile y al Perú estaba en su principio, y era indispensable prepararse para realizarla en la vasta escala en que habia sido concebida desde ántes del paso de los Andes. O'Higgins y San Martín, contaban con la decision de los pueblos ansiosos de gobernarse por sí mismos; pero mas confianza depositaban en la disciplina y en la instruccion de sus soldados para llegar á aquel grandioso resultado. Crearon una academia militar bajo un buen plan de estudios y abrieron las puertas de ella á la juventud de Chile y de las Provincias de Cuyo, que quisiese dedicarse á la carrera de las armas. A la necesidad de reforzar el Ejército vencedor en Chacabuco, se unia otra consideracion. Compuesto éste en su mayor parte de gefes argentinos, y debiendo emprenderse nuevas campañas en territorio chileno, bajo la direccion de las autoridades del pais, aconsejaba la política y el buen deseo de armonizar los elementos que iban á decidir de la suerte de una gran porcion de la América, que una nueva organizacion de aquel Ejército permitiese la entrada en él á los militares que se habian distinguido en la lucha de la independencia chilena. La base de lo que se llamó el Ejército de Chile; se

formó de un batallon de infanteria organizado en Aconcagua; de un cuerpo de artilleria formado por el Coronel D. Joaquin Prieto, una compañía de jinetes para el servicio de la Capital y un regimiento de cazadores á caballo bajo una forma de organizacion parecida á la de los famosos granaderos. Al mismo tiempo el Ejército de los Andes, abria sus filas á los soldados chilenos decididos por la causa de su país, y el Gobierno coronaba estos primeros esfuerzos dando á reconocer por General en Gefe del Ejército chileno, al Coronel Mayor D. José de San Martin. Todo esto fué obra de pocos dias.

La situacion de las cosas así combinadas, habia traído de nuevo y con mayor viveza que nunca, á la cabeza del activo general, el proyecto de la invasion al Perú por las aguas del Pacífico, y quiso personalmente ponerse de acuerdo con el gobierno argentino, representado entonces por el general Pueyrredon, acerca de los auxilios que éste podria prestar á la espedicion, y sobre los medios mas eficaces de realizar el pensamiento. La intervencion del Director era tanto mas indispensable, cuanto que gran parte de las armas que debian abrir esa campaña eran argentinas, y grande la influencia que ejercia en la política de

la revolucion el pueblo que tan gloriosamente la habia iniciado en Mayo de 1810. El general San Martin hizo sus adioses al ejército con estas palabras: “ Vuestro bien y el de la pátria, me obligan á separarme de vosotros por muy pocos dias.” El 12 de Marzo llegó á la Cuesta de Chacabuco. Esta fecha está señalada con uno de los actos de desprendimiento propios del carácter de aquel noble argentino.

El Cabildo de Santiago habia puesto á su disposicion la cantidad de diez mil pesos en onzas de oro, para los gastos de viage, acompañando este obsequio con palabras sentidas y sinceras. El General no quiso contestarlas sino desde el camino y en el punto indicado, reservándose hacerlo detenidamente desde Mendoza. Apenas llegó á esa Ciudad cumplió con este deber, y negándose á aceptar la dádiva, suplicó al Cabildo que aplicase la cantidad que tan jenerosamente se le destinaba, á la formacion de una biblioteca pública en Santiago, fundándose en que: « la ilustracion y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices á los pueblos.» « Yo deseo, añadia, que todos se ilustren en los sagrados derechos que forman la esencia de los hombres libres.»

La antigua residencia del General San Martín, la heroica Ciudad de Mendoza, á cuyo Cabildo no habia olvidado en medio de las emociones y fatigas de la victoria, dándole parte de ella con estas lisonjeras palabras: «Gloríese el *admirable Cuyo* de ver conseguido el objeto de sus sacrificios,» quiso escederse en manifestaciones de entusiasmo asi que supo que se aproximaba á ella su ilustre huésped, el creador del Ejército de los Andes. Las banderas de los alegres colores pátrios flameaban sobre las habitaciones y coros numerosos de niños de ambos sexos regaban las calles con las fragantes flores de los jardines de aquel pais, amigo del cultivo de la tierra. Su residencia en Mendoza fué de horas. su pensamiento estaba fijo en la Capital de las Provincias Unidas del Rio de la Plata. Sin embargo, en ese corto tiempo tuvo el suficiente para dar una nueva prueba de su modestia. A 17 de Marzo, está datada una comunicacion suya al Director, devolviendo á este, con palabras dignas y agradecidas el despacho de *Brigadier de los Ejércitos de la Patria* á que se le creia acreedor por la gloriosa restauracion de Chile. Este despacho le fué devuelto á su vez con espresiones que debieron halagar al discreto personaje á quien se dirijian.

El 18 de Abril regresaba el General San Martín para Chile, á cuya Capital llegó el día 11 de Mayo. El corto tiempo que permaneció como de incógnito en Buenos Aires, le fué bastante para desempeñar los árduos objetos de su misión. ¿Cuáles fueron estos? La vulgaridad y la malevolencia, glosó de diversas maneras este vuelo del águila que en silencio atravesaba cordilleras y llanuras, dando la espalda al teatro de sus recientes triunfos. Pero el tiempo ha desvanecido las sombras para dar tránsito á la luz y los historiadores imparciales se han encargado de revelarnos lo que pasó entre el vencedor de Chacabuco y el Gobierno residente en Buenos Aires.

En los pocos días que residió en esta ciudad, dice uno de ellos, tuvo varias entrevistas con el General Pueyrredon, allanó las dificultades que se presentaban sobre varios puntos del servicio público y arregló todo lo necesario para que uno de sus ayudantes, el Capitan de Ingenieros don José Antonio Alvarez Condarco, se embarcase para Inglaterra con el encargo de comprar buques y contratar oficiales de marina por cuenta del Gobierno de Chile.

San Martín hizo todavía mucho mas que esto. En virtud de los amplios poderes que le habia

conferido el Gobierno de Chile, confió á D. Manuel Hermenejildo de Aguirre, el 17 de Abril, el encargo de pasar á Estados Unidos con una comision semejante á la de Alvarez. Debia hacer construir dos fragatas de guerra de 34 cañones, tripularlas cón oficiales y marineros hasta llegar á Chile, y ademas otros dos buques de 18 y 24 cañones. Para esto le entregó 200,000 pesos por cuenta del Gobierno de Chile y el Director Pueyrredon le dió letras por 500,000; á cuenta del tesoro argentino.

Estas estipulaciones tuvieron lugar en medio del mas discreto sijilo, como lo requeria su naturaleza y el carácter reservado del negociador. En Buenos Aires nadie las traslujó y ni siquiera rastro de ellas quedó en los archivos públicos. La prensa, sujeta entonces por su calidad oficial á la direccion gubernativa, no hizo mencion de lo que pasó durante la permanencia de San Martin en la Capital de las Provincias Unidas. Este misterio, á que fué prudente recurrir para asegurar mejor los resultados y desorientar á los enemigos, todavia poderosos en estas regiones, dió márgen para que los mal prevenidos contra San Martin y especialmente los parciales de la familia Carrerra, esparcieran rumores ofensivos á la probidad y al

desinterés del infatigable patriota que no ahorra sacrificios para llegar al noble objeto á que habia consagrado su existencia. Pero el General San Martín tenia una singular manera de castigar la vulgaridad de sus enemigos: se complacia en verles descender al fango de las sospechas viles, aunque él mismo fuese el blanco y la víctima momentánea de esos pensamientos bajos. Cuéntase que mientras residia en Mendoza, dió orden á uno de los empleados receptores de rentas, que le trajese al fin de la semana cuanta onza de oro sellado colectase en su oficina. El mandato del Gobernador se cumplia semanalmente al pié de la letra, no sin escándalo y murmuraciones en voz baja por parte del empleado y de sus dependientes. Una onza sobre otra acumuladas, llegaron á formar un monton considerable que ya no le fué dado ocultar á San Martín; y entonces, llamando al recaudador, le preguntó secamente, si en cumplimiento de su deber tenia constancia escrita del oro amonedado entregado hasta aquel dia. Oyendo el Gobernador la contestacion afirmativa del buen empleado, alzó un paño que cubria las hileras de onzas apiñadas sobre una mesa, y le dijo: examine Vd. y vea si están exactas nuestras cuentas. Lo estaban en realidad: ni una

moneda de menos habia allí comparada su cifra con el total que resultaba del libro del empleado. Aquel dinero se aplicó pública é inmediatamente á objetos de urgente necesidad que no podian adquirirse sino pagándoles al contado; y los murmuradores quedaron corridos ante aquella demostracion que encerraba tantas lecciones.

La casualidad ofreció á San Martin la ocasion de intentar en Buenos Aires la remocion de un obstáculo mas á las altas miras que le preocupaban. Los Carrera estaban allí presos por disposicion del Gobierno. Habian llegado á las aguas del Plata con elementos navales y con un considerable número de gefes extranjeros reclutados en Estados Unidos, para espedicionar sobre el Pacífico. La presencia de los Carrera en las costas de aquel mar en momentos en que la fuerza de los acontecimientos y el patriotismo y bravura de O'Higgins y de San Martin daba á estos la legítima direccion de la guerra de la Independencia en el territorio chileno, la habria sin duda alguna comprometido, y hubiera sido mas que probable que las desavenencias civiles incendiando al país, le imposibilitasen para contraerse esclusivamente á perseguir al enemigo extranjero. El Ejército aliado no ha-

bria podido coronarse con los laureles de Maipú y de Lima.

El día 15 de Abril, visitó el General San Martín á D. José Miguel Carrera, con el objeto de excitar su patriotismo, disuadirlo de sus intenciones sobre el regreso á su pátria en aquellos momentos, y de proponerle una honrosa mision á los Estados Unidos, como representante de los Gobiernos aliados de Chile y Buenos Aires. La entrevista tomó poco á poco, como es fácil comprenderlo, un tono vivo, á pesar de los esfuerzos de San Martín por mantenerla dentro de términos urbanos y benévolos. Carrera, no podia comprender cómo era que se confiaba en el buen éxito de la Independencia de Chile sin la cooperacion de su persona y sin el prestigio de su familia, y se avanzó á decir que, el empeño en apartarlo de su país, provenia del temor que le tenian los vencedores en Chacabuco. «No crea usted General Carrera, exclamó entonces el Argentino, que nosotros temamos á nadie. Por mi parte yo no tengo inconveniente alguno para que usted y sus hermanos regresen á Chile, porque O'Higgins y yo estamos dispuestos á ahorcar, en el término de media hora, á todo aquel que trate de hacer oposicion al Gobierno y lo ejecutaremos con

prontitud y energia porque no tenemos que consultar la voluntad de nadie.» Apesar de la viveza de estas espresiones, volvió á suplicar á Carrera, meditase sobre las proposiciones con que habia comenzado su visita y se separó de él colmándole de demostraciones de amistad y de aprecio.

No obstante los felices acontecimientos militares, que como consecuencia de la victoria del 12 de Febrero hemos mencionado poco antes, la presencia de un gefe español de conocimientos y de arrojo en el Sur de Chile, hacia necesarios nuevos esfuerzos por parte de los soldados patriotas. D. José Ordoñez, intendente de Concepcion, habia logrado reunir fuerzas considerables pertenecientes al ejército vencido, que reconcentrabá hácia Talcahuano. El Coronel D. Juan Gregorio de las Heras, recibió la honrosa comision de hacer frente al jege español y desbaratar sus planes, teniendo la fortuna de abrir su campaña con la notable victoria de Carapaligüe, en la que repelió al enemigo apoderándose de sus cañones, tomando inmediatamente despues la importante Ciudad de Concepcion. Pero el valiente Capitan insurgente, no disponia mas que de 1,290 hombres de todas armas, mientras que su autá-

gonista, amparado de las fuertes posiciones de Talcahuano, podia hacer una defensa sostenida y fructuosa á la larga, con mucho mayor número de soldados. En vista de esta situacion, resolvió el Director salir en persona á campaña, al frente de un pequeño cuerpo de ejército, dejando por su sustituto en el mando al Coronel D. Hilarion de la Quintana. Pero, por mucha diligencia que el Director pusiese en su marcha, no pudo evitarse que el enemigo, reforzado con auxilios de todo género enviados por mar desde el Perú y sabedor de la próxima reunion de O'Higgins con Las Heras, hiciese una nueva y desesperada tentativa de ataque. Ordoñez calló en efecto sobre el vencedor en Carapaligüe, y las armas de la patria recojieron nuevos lauros en el Gavilan, causando al enemigo, perseguido hasta sus posiciones de Talcahuano, la pérdida de mas de doscientos hombres y de gran cópia de armas y municiones. O'Higgins se incorporó á Las Heras en los momentos mismos del triunfo, continuando las operaciones sobre el Sur, cuya vária fortuna no nos corresponde relatar.

Al comenzar esta campaña hajo los auspicios del Director, se presentó en Santiago—el 11 de Mayo—el General San Martin de regreso de su

rápido y fructuoso viage á la capital de las Provincias Unidas. Encontró en el mando provisorio del Estado, al Coronel Quintana, cuya administracion, á pesar de las grandes dificultades que la rodeaban, fué guiada por las mas sanas intenciones segun el testimonio de los chilenos mismos que han podido estudiar en sus pormenores aquella época de labor y de conflictos.

El General San Martin tuvo gran influencia en esa administracion, durante la cual ganó mucho la policia de seguridad de Santiago, se creó una maestranza en grande escala, y se tomaron medidas eficaces para asegurar el triunfo de la lucha del momento y de la mas seria que se columbraba en lo futuro. Bajo la misma influencia se premiaron á los partidarios fieles de la revolucion, se devolvieron los bienes confiscados á los patriotas, y se agració con lotes de tierra á los campesinos que se habian distinguido como guerrilleros ó como emisarios en los dias de la expedicion al través de los Andes. Los caudales se administraron con tan religiosa economía, que bastaban 60,000 pesos mensuales para pagar todas las fuerzas existentes en el territorio de Chile, la mayor parte de ellas en campaña; y con el mismo orden y economia, se administra-

ban, por personas hábiles y próbidas, los almacenes de armas, de víveres y municiones.

El gobierno de Quintana, duró hasta 7 de Setiembre, dia en que el poder delegado hasta entonces en su persona, pasó á manos de tres distinguidos ciudadanos chilenos, interviniendo en esta mutacion del personal del gobierno el consejo del mismo General San Martín, como medio para acallar algunas murmuraciones que la calidad de deudo suyo y de argentino, ocasionaba en el pueblo la permanencia de Quintana en un rango tan espectable. No podemos leer sin respeto por aquellos tiempos y por los hombres de la revolucion, las siguientes palabras que encontramos en un honorable escritor chileno, refiriéndose al proceder de San Martín en esta circunstancia: «Es una gran fortuna que los prohombres TANTO ARGENTINOS como chilenos, que dominaban la situacion, no hubiesen separado un solo instante de su memoria las lecciones del tiempo pasado, y amoldando á ellas su conducta, hubiesen pospuesto siempre toda consideracion personal ante el interes de conservar la concordia, requisito que ellos miraban como el mas imprescindible para el triunfo.»

El General San Martín se empeñó en dar gran

solemnidad y trascendencia al acto del recibimiento de los nuevos mandatarios, quienes juraron el buen desempeño de sus cargos, en presencia de un gran gentío y ante todas las corporaciones del Estado. Aquel hombre superior y discreto, queria aprovechar aquella oportunidad, para alejar de la mente del pueblo toda idea desfavorable contra los libertadores argentinos. El General San Martín declaró de la manera mas solemne en aquella ocasion espectable, que la única mision del ejército puesto á sus órdenes por el gobierno de su patria, era MANTENER LA ABSOLUTA INDEPENDENCIA DE CHILE. Declaracion que fué confirmada por el Diputado de las Provincias Unidas, allí presente, espresándose con elocuencia y energia contra las especies diseminadas en sentido opuesto por los perturbadores de la fraternidad entre su gobierno y el de Chile.

La nueva Junta no podia dudar de la sinceridad de estos sentimientos, y la influencia benéfica de San Martín en la milicia y en la política de la reciente administracion continuó como bajo la de Quintana. Gracias á esa influencia acertada é infatigable, al acercarse el dia 18 de Setiembre, que es el 25 de Mayo de los chilenos, los ánimos de estos se abrian placenteros á la confianza en

la libertad. Ellos veían que el ejército destinado á asegurarla para siempre, constaba de 8,000 hombres briosos y morales; que las escuelas dotaban las filas de subalternos instruidos; que la artillería estaba montada bajo un pié brillante y abastecidas las salas de armas con mas de 14,000 fusiles. Contemplaban al mismo tiempo un espectáculo verdaderamente nuevo, la asociacion de las fuerzas morales á la accion militar. El Instituto Nacional, nacido del calor de las ideas de progreso que distinguió á la revolucion de 1810, y casi muerto á los golpes de la restauracion española, se reorganizaba y ensanchaba en el plan de sus estudios; en tanto que la biblioteca pública, iniciada por San Martín, se fundaba á espensas de su liberalidad.

El aniversario de la pátria tuvo lugar bajo los augurios mas lisonjeros; y para dar nuevas ocasiones á la esplosion de regocijo y del entusiasmo del pueblo, el General San Martín y el Diputado de Buenos Aires, D. Tomás Guido, dispusieron dos espléndidos banquetes en los cuales los brindis patrióticos, los himnos nacionales, se armonizaban con el ruido de las orquestas, con el brillo de la concurrencia y con los colores de las banderas de Buenos Aires y Chile, entrelazadas bajo do-

seles tricolores para significar la fraternal alianza y la unidad de acción entre ambos países. «Nadie en aquellos momentos—se ha dicho treinta años después de aquella fiesta—habría recordado los azares que aun necesitaba recorrer la patria de los chilenos para cimentar sólidamente su independencia; ó si tal pensamiento llegaba á abrirse paso en algún espíritu apocado, allí estaban presentes, para alejar la desconfianza, *los triunfadores de Chacabuco.*»

Bien necesitaba el espíritu público levantarse á la altura del entusiasmo porque muy pronto iba á sonar la hora de nuevas pruebas para el patriotismo y la constancia de los independientes. Al General O'Higgins habíale sido adversa la fortuna en el glorioso desastre de Talcahuano, y un Ejército al mando del Brigadier D. Mariano Ossorio, compuesto de mas de 3,000 hombres, formado en el Perú por el Virrey Pezuela, se dirigia sobre Chile con la intención de reconquistarle.

El General San Martín estaba perfectamente informado por sus agentes de Lima, de los elementos de que se componía aquella expedición: no la temía; pero, con cordura meditaba los medios de organizar la defensa y de burlar los

nuevos esfuerzos del enemigo. El 18 de Enero de 1818, anclaban en la bahía de Talcahuano las naves que conducian á los soldados de Ossorio. Cuando esta noticia llegó á conocimiento de San Martín tuvo un presentimiento de los nuevos triunfos que le esperaban y no pudo ocultar su alegría: sintióse como regenerado, olvidó las incomodidades físicas que le aquejaban y se dió al trabajo con la decision de costumbre. Con su mirada previsorá y acertada, midió de un golpe la situación, y con el conocimiento que tenia del país y de las propensiones del enemigo, trazó inmediatamente un bosquejo de plan de campaña que comunicó al General O'Higgins, con las siguientes espresiones: «La conservacion de este Estado, pende de que no aventuremos accion alguna cuyo éxito sea dudoso. El proyecto del enemigo es probablemente interponerse entre nuestras fuerzas para batirnos en detalle y apoderarse de Valparaíso para asegurar su comunicacion con Lima y el recibio de los auxilios que pueda necesitar. La fuerza que tengo á mis órdenes asciende á lo mas á 3,600 hombres; unidos somos invencibles, separados débiles. Ossorio puede hostilizarnos en mas de 400 leguas: es decir, que si cargamos nuestras

fuerzas al Sur, pueden ellos embarcarse y darnos un golpe por el Norte; y si atendemos á este, lo darán quizá por el Sur, teniendo, como tienen, la superioridad del mar. Por tanto, nuestro plan de campaña debe ser reconcentracion de todas nuestras fuerzas para dar un golpe decisivo y terminanté. Asegure, pues, con tiempo V. E. la retirada á este lado del Maule, tomando por defensa este rio y cubriendo la parte mas interesante de la Provincia de Concepcion con destacamentos cuya retirada quede espedita, sin comprometimiento alguno, al Cuartel General, en caso de ser atacados por fuerzas superiores. Haga tambien V. E. retirar con anticipacion de esa Provincia cuanto pueda ser útil al adversario. Vengan á este lado familias, subsistencias de todo género y caballadas: que hecho esto, es imposible que ningún cuerpo enemigo subsista en ella sin perecer de necesidad.»

Al mismo tiempo que de esta manera tan terminante iluminaba San Martin el camino que debia seguir en sus operaciones el Director en campaña, sujeria al Gobierno de Santiago mil providencias para realizar sus miras militares. Impartiéronse órdenes á los Gobernadores de Provincia para que remitiesen á Santiago todas

las personas sindicadas como enemigas de la revolución; se retiraron de Valparaíso los caudales públicos y de particulares; se concentraron en la Capital todas las fuerzas que guarnecían el Norte, y se mandó poner sobre las armas á las milicias de caballería, alejando del litoral cuanto pudiera ser de auxilio ó de valimiento para los invasores.

El Ejército que se trataba de reconcentrar, se componía de nueve mil y tantos hombres, de cuya moralidad y disciplina estaba satisfecho San Martín, apesar de lo exigente que era en estas materias. Restábale la elección del punto estratégico en que debía formar el Campamento general para esperar desde él los movimientos del enemigo.

Después de reflexionarlo bien, decidióse por la hacienda de las Tablas, situada al Sur de Valparaíso, á treinta leguas de buen camino de la Capital; y desde mediados de Diciembre comenzaron á moverse hácia aquel punto las fuerzas acantonadas en Santiago, marchando á la cabeza de los diferentes cuerpos, el Comandante Alvarado, el Teniente Coronel D. Ambrosio Cramer, etc., y el Jefe del Estado Mayor, D. Hilarion de la Quintana. A retaguardia de las columnas, caminaban en

carros los víveres y forrajes, las municiones, el hospital militar; y era aquella la primera vez que se presentaba en Chile un Ejército que llevase entre sus bagajes una imprenta como elemento militar.

Cuandó toda aquella masa de hombres y de cosas, se estendió por el risueño camino que média entre los suburbios de Santiago y la hacienda de las Tablas, seguro ya el General San Martín de que habia apurado las medidas que le aconsejaba su experimentada prevision, siguió el derrotero de sus valientes el dia 21 de Diciembre.

Así que llegó al campamento, confió el mando provisório del Ejército al virtuoso y aguerrido Brigadier D. Antonio Gonzalez Balcarce, cuya carrera habia comenzado ilustrándose en los campos de Suipacha y Cotágaita, en donde la revolucion de Mayo recogió sus primeros laureles. Aquella delegacion debia durar el tiempo necesario para que San Martín en persona se trasladase á Valparaiso, se informase del estado de aquel importante puerto, visitára sus fortificaciones y las pusiese en estado de defensa. Estos trabajos eran urjentes segun las ideas de aquel General, por que estaba resuelto á moverse hácia

el Sur en busca de la incorporacion de O'Higgins, tan luego como el principal puerto chileno quedase fortificado y en situacion de resistir á las fuerzas españolas de la espedicion de Ossorio. El plan de éste era conocido: ignorando la capacidad organizadora de San Martin, se imaginaba que llegaba á Chile á sorprenderle desprevenido, y que dispersando las fuerzas que militaban en el Sur, despues de un desembarco en Talcahuano, le seria facilísimo caer por Valparaiso sobre la capital y apoderarse de ella. Las operaciones de O'Higgins, inspiradas por San Martin, tuvieron por objeto burlar estos planes trazados de antemano en el Gabinete de Lima, y por lo tanto los movimientos del Ejército chileno del Sur tendian esclusivamente á efectuar su reunion con el que se orgnizaba en las Tablas.

Pero las operaciones del enemigo, desorientado ya, no eran tan rápidas como para no dar lugar al general San Martin á que solemnizase mientras tanto, uno de los actos mas augustos de la Nacion que ayudaba á fundar. El 12 de Febrero, aniversario de Chacabuco, fué el dia que el gobierno destinó para «declarar solemnemente á nombre de los pueblos en presencia del Altísimo y hacer saber á la gran confe-

deración del género humano, que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes, forman de hecho y por derecho un Estado libre, independiente y soberano, y quedan para siempre separados de la monarquía de España.» El sol de aquel día fué saludado con triples salvas de cañon y con los himnos cañtados por los alumnos de las escuelas agrupados en torno de la bandera pátria. Estando reunidas en el palacio directorial todas las corporaciones y el clero, se presentó en él el general San Martín, é incorporándose á aquella concurrencia, se dirijieron todos á la plaza principal en donde se habia levantado un tablado cuyo adorno mas visible era el retrato del vencedor en Chacabuco. Allí se leyó el acta de la independencia. Despues que el gefe del ejecutivo pronunció la fórmula del juramento, lo tomó al general San Martín como á coronel mayor de los ejércitos de Chile y general en gefe del ejército unido. Cuando este puso las manos sobre los Evangelios, volvióse hácia el pueblo, pronunciando un entusiasta ¡VIVA LA PÁTRIA! El Presidente del Cabildo pasó despues de la ceremonia, acompañado de una numerosa comitiva á casa del general San Martín á felicitarle por el acontecimiento que acababa de

tener lugar. Él á su turno, devolvió las felicitaciones, y renovó la protesta de consagrarse á la defensa y á la libertad de Chile, empleando tan felices palabras, que segun los escritores de aquel pais, nadie pudo escucharle sin conmovirse y presagiar victorias á la Pátria.

El Acta de la independenciam habia sido redactada por el argentino Monteagudo, y otro argentino, el mismo sacerdote que prestaba los auxilios espirituales á los pocos granaderos heridos en la accion de San Lorenzo, pronunció en la Catedral de Santiago una oracion análoga al nuevo destino que la Providencia destinaba desde aquel momento á la viril y jóven Nacion Chilena.

El juramento que acababa de pronunciar Chile ante Dios, era un reto al enemigo que avanzaba sus marchas, un acto de valentía y de esfuerzo que confortaba los corazones en los altares de la patria y levantaba los ánimos á una altura de que ya no se podia descender sino con la muerte. Alentado con estas consideraciones se despojó San Martin de su traje de parada, apenas terminó la fiesta cívica, y tomando sus viejos arreos de granadero se trasladó al campamento del General O'Higgins, situado en las inmediaciones

de Talca. En cinco dias habia atravesado la considerable distancia que média entre la Capital y las aguas del Maule, y los dos guerreros se abrazaban y conferenciabán sobre la manera cómo debiera procederse en vista de los movimientos probables del ejército invasor. El tiempo urgía, la entrevista fué corta: el dia 24 estaba ya San Martin de regreso para San Fernando, lugar intermedio entre Santiago y Talca, donde debia situarse y permanecer para atender á las operaciones de la nueva campaña. El ejército de las Tablas púsose inmediatamente en movimiento hácia este punto á donde llegó el 8 de Marzo, efectuándose su incorporacion con las fuerzas que se habian retirado del Sur, á marchas regulares, al mando del General O'Higgins.

Chile contó desde este dia con un ejército de 6,600 soldados de línea bien equipados, mandados por gefes valerosos y acreditados por su pericia. Colocados á la cabeza de sus divisiones, O'Higgins, Balcarce, Brayer, rompió su marcha en la mañana del 14, llevando la vanguardia la caballeria, bajo el mando de este último gefe. El enemigo, como lo deseaba el General San Martin, habia avanzado al Norte del Maule y llegado hasta el Lontué; pero así que sintió los movimien-

tos de los patriotas se apresuró á repasar este río amparado de la oscuridad de la noche. Aquellos lo atravesaron también á la luz del día, en prosecucion del plan concebido por el General San Martín. Sus intenciones eran decidir la contienda en una sola batalla, de cuyo buen éxito no podía dudar porque sus soldados, sus oficiales y gefes contaban con la seguridad de la victoria, desde el momento que se encontrasen con el grueso de los enemigos. El paso del Lontué tuvo lugar el 16 y desde ese día se puso San Martín á la cabeza de la primera division á vanguardia, dejando á O'Higgins al mando del resto de las fuerzas, con órden de seguirle inmediatamente hácia el Quechereguas. El enemigo continuó su retirada hácia el Sur en busca de la Ciudad de Talca, mientras que el ejército chileno, siguiéndole casi paralelamente, marchaba lleno de entusiasmo espiondo el momento de alcanzarle antes que se guareciese en las posiciones de aquella Ciudad, para pulverizarle. El día 19 distaban ambos ejércitos entre sí apenas legua y media y una planicie vasta interpuesta entre las márgenes del Lincai y la Ciudad mencionada tentaba al General San Martín al encuentro decisivo, para cuya realizacion tomó algunas disposiciones de

ataque que no fueron felices á causa del terreno, que apesar de sus aparentes ventajas contribuyó á burlar el arrojo de las caballerías de Balcarce.

Con la última luz de aquel día, pudieron los enemigos contemplar la superioridad del ejército independiente y persuadirse de que la mañana siguiente se verían en la necesidad de aceptar un combate desventajoso para ellos. El General Ossorio, considerándose perdido y sin retirada posible despues de una derrota, declaró á sus gefes que no tenia confianza sino en el cielo; pero uno de entre ellos, el Brigadier Ordoñez, mas animoso y arrojado, propuso que se buscara la salvacion intentando una salida sigilosa y nocturna. Esta opinion triunfó en el consejo de los oficiales del campo español y se prepararon á realizarla en esa misma noche.

Apesar de la confianza en su posicion que asistia al General San Martin y del desaliento que suponía en el enemigo, trató de precaverse contra una sorpresa dando órdenes para cambiar los campamentos. No se habian ejecutado del todo estas modificaciones repentinas en el orden del ejército, cuando se sintieron los disparos de las avanzadas patriotas, causando grande alarma en sus filas. Apesar de ella, la intrepidez y san-

gre fria del General Ordoñez vino á estrellarse contra la firme division de O'Higgins, á quien tampoco le abandonó su serenidad apesar de haber perdido el caballo al golpe de una bala del cañon enemigo. Pero si el ímpetu de las armas españolas, pudo ser contenido por los esfuerzos del valor, no fué posible evitar el desórden y la confusion que causaban las mulas de carga, los caballos que huian espantados en todas direcciones y la oscuridad de la noche que no permitia á los gefes patriotas distinguir los puntos á donde se dirijia el ataque ni la disposicion de él. Cuando los fuegos del enemigo cubrieron toda la línea patriota, esta comenzó á vacilar y á desorganizarse, quedando sin embargo en salvo y aun intactas algunas divisiones del ejército sorprendido.

Este episodio inesperado en una campaña que comenzaba bajo los mejores augurios, se conoce en la historia con el nombre de *Desastre de Cancha Rayada*, y es al mismo tiempo el preludio de una espléndida victoria, que vino pocos dias despues á llenar las miras del General San Martin, quien deseaba librar á Chile de sus opresores en el espacio de una sola jornada definitiva. Con razon, se ha dicho tambien, que si aquella accion se hubiese empeñado á la luz del dia ó á la

claridad de la luna, el Ejército realista habria sido destrozado en mil pedazos. Y efectivamente, la primera division quedó intacta y ella habria podido cargar al enemigo, primero por el flanco cuando salía de Talca y despues por la retaguardia. El General San Martín que ocupaba unos cerrillos llamados de Baeza, habria podido organizar su defensa y batir de frente al enemigo. Pero aquella noche fué estremadamente oscura: espesos nubarrones toldaban el cielo y ocultaban hasta la luz de las estrellas, impidiendo que el General patriota pudiese distinguir lo que ocurría en el campo de batalla.

El peligro que corrió el General San Martín fué grande en esa noche. Varios gefes y ayudantes que le rodeaban, fueron testigos de su despecho y de sus imprecaciones en presencia de una catástrofe que no le era dado remediar. Pero recobrando bien pronto su serenidad habitual, comenzó á tomar disposiciones para salvar al ejército, y concentrarle de nuevo en algun punto para rehacerle y vengar la audacia del enemigo á quien favorecia en aquel momento la fortuna. Ordenó la retirada hácia el Norte. El Mayor Borgoño marchó en esa direccion con la artillería chilena, municiones y forrages, y el Co-

ronel D. Juan Gregorio de Las Heras, é colocado por sus compañeros al frente de la primera division, tomó camino en aquel mismo rumbo, señalándose por su valor y por el acierto con que logró salvar aquellas importantes columnas.

San Martín y O'Higgins llegaron juntos en la noche del 20 á la villa de San Fernando, en donde encontraron á Balcarce, quien les anunció que comenzaban á reunirse allí los dispersos y que el Coronel Zapiola marchaba hácia Rancagua para impedir la retirada de los demas. Al dia siguiente, pasaron ambos gefes una revista á las fuerzas salvas hasta entonces, y el General San Martín pasó al Supremo Director delegado el siguiente parte que es poco conocido, y reasume en cortas palabras las circunstancias de la funesta sorpresa del 19:—«Campado el ejército de mi mando á las inmediaciones de Talca, fué batido entre 9 y 10 de la noche de antes de ayer, por el enemigo que se hallaba concentrado en aquella ciudad. Este sufrió una pérdida doble respecto al mio entre muertos y heridos, y el nuestro una dispersion casi general que me obligó á retirarme á esta villa, donde me hallo reuniendo mis tropas con feliz resultado, pues ya cuento cerca de 4,000 hombres entre Caricó á Pelequen, entre la

caballeria y los batallones de cazadores de Chile y de los Andes, número 1, número 11 y número 7, hallándose tambien por otra parte el Comandante del número 8 reuniendo su cuerpo; y espero muy luego juntar toda la fuerza y seguir mi retirada hasta Rancagua. La premura del tiempo y las atenciones que demanda esta laboriosa y pronta operacion, no me permiten dar á V. E. un parte individual de lo acaecido; pero lo haré oportunamente, anunciando por ahora, que aunque perdimos la artilleria de los Andes, conservamos la de Chile.»

Al anochecer de aquel mismo dia 21, llegó el Coronel Las Heras á San Fernando con su virtuosa division, en la cual se habian esparcido noticias alarmantes acerca de la suerte del general en jefe á quien tenia por muerto. Con este motivo se presentó á ella el General San Martin, y pasándola en revista, dió gracias á los jefes y oficiales por su loable conducta en la retirada, con lo cual se alentó el ánimo de aquellos buenos soldados, que prorrumpieron en vivas entusiasmadas al escuchar las palabras de su general, á quien veían tan brioso y confiado como en la víspera de Cancha-Rayada.

Mientras tanto la consternacion era grande

en la capital, á tal punto, que los generales O'Higgins y San Martín, se vieron en la necesidad de trasladarse á ella á serenar á sus habitantes con la presencia de ambos. Pero la confianza no podía menos que restablecerse, pues el general San Martín al llegar á Santiago, tenía el ánimo sereno, libre de todo temor, y revolvía en su fecunda cabeza mil planes para borrar el desaire que acababa de experimentar y vengar gloriosamente la causa de la independencia de Chile, que lo era á la vez de una vasta porción de América. La población de Santiago, formando grupos de gente de toda condición y sexo, rodeó en la plaza principal al general en jefe del ejército, montado todavía en su caballo, cubierto de polvo y respirando apenas de cansancio. Entonces, interpretando el deseo de aquella inmensa concurrencia, que quería oír de la propia boca del hombre de su confianza la profecía del porvenir, dirigió al pueblo las siguientes palabras, que la tradición ha conservado religiosamente en prueba de la profunda sensación que produjeron: « Chilenos! Una de aquellas casualidades que no es dado al hombre evitar, hizo sufrir un contraste á nuestro Ejército. Era natural que un golpe que jamás esperábais, y la incertidumbre, os hiciese

vacilar. Pero ya es tiempo de que volvais sobre vosotros mismos y observeis que el Ejército de la Pátria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que vuestros compañeros de armas se reunen apresuradamente; y que son inagotables los recursos de vuestro patriotismo. Al mismo tiempo que los tiranos no han avanzado un punto de sus atrincheramientos, yo dejo en el Cuartel General una fuerza de más de cuatro mil hombres, sin contar con las milicias. Me presento á aseguraros del estado ventajoso de vuestra suerte; y regresando muy en breve á nuestro cuartel general, tendré la felicidad de concurrir á dar un dia de gloria á la América del Sur.» Puede juzgarse de la influencia que tendrian estas palabras para levantar los espíritus abalidos, por la importancia que daba el pueblo todo de la capital á la posesion en su seno del general San Martin. En esa noche se despacharon circulares á todos los Partidos, comunicándoles aquel fausto acontecimiento y asegurándoles que se hallaba salvo y dispuesto á nuevos esfuerzos por la salud de Chile, el vencedor en Chacabuco. En esa circular, se decia: « El general, ofrece con su cabeza no dejar una de las del enemigo, si los súbditos del Estado creen en su palabra, y si los ciu-

dadanos le ayudan en la esfera de sus alcances.»

Para prepararse á cumplir con su palabra, realizada poco despues, se trasladó San Martin á dos leguas de Santiago, sobre el llano entonces abierto, estéril y despoblado de Maipo, cuyo nombre estaba destinado á ser inmortal. Allí, tomando por base la columna salvada tan bizarramente por Las Heras, se formó un campo de instruccion para ordenar y disciplinar á los soldados dispersos, los cuerpos de granaderos y cazadores, y todos los demas elementos destinados á esperar al enemigo, cuyas marchas eran observadas por las caballerias situadas en Rancagua. El 1.º de Abril, revistado el ejército por los generales O'Higgins y San Martin, pudo atestiguarase que constaba de 4,000 hombres, bien armados y equipados, y completamente restablecidos de la impresion moral causada por la *ingrata noche* de Cancha-Rayada, sobre la cual habian pasado menos de quince dias.

Así que se tuvo noticia de la proximidad del enemigo, el general San Martin impartió unas instrucciones notables, dividió el ejército en tres cuerpos á cargo de Las Heras, Alvarado y Quintana, y él se reservó el mando de la caballeria,

encomendando el de la infanteria al brigadier Balcarce.

El 5 DE ABRIL, los dos ejércitos estaban sobre el campo de Maipo. El general San Martín practicó en la madrugada un reconocimiento sobre las posiciones tomadas el día anterior por el enemigo, y dijo á los ayudantes que le acompañaban. « El sol que asoma en la cumbre de los Andes, va á ser testigo del triunfo de nuestras armas. Ossorio es mucho mas torpe que lo que yo pensaba. » El enemigo ocupaba el caserío de Espejo, cuyas tápias formaban un callejon de dos cuerdas de largo, y unas lomas dispuestas en forma triangular, entre las cuales y otras alturas llamadas cerrillos de Errazuris y Loma Blanca, se interpone un valle llano y estrecho. Poco antes de medio día, el ejército patriota marchaba por su derecha para enfrentar al enemigo, colocándose sobre el último cordon de los cerrillos indicados; de manera que solo le separaba de aquel la faja angosta del llano intermedio. Los dos ejércitos se contemplaron un momento, como desafiándose á acometer la atrevida operacion de dejar las alturas y descender al campo abierto para tomar la iniciativa. En este estado, el general San Martín ordenó que las artillerías situadas en sus

flancos, cañoneasen al enemigo; pero viendo que éste no daba un solo paso á vanguardia, inspirado y audaz, dió al ejército la orden de marcha, que se ejecutó inmediatamente, llevando las columnas patriotas el arma al brazo, en tanto que el fuego de la artillería lanzaba sus proyectiles á las posiciones de los españoles, por sobre las cabezas de los valientes que descendían en el mejor orden, á pesar del fuego terrible con que les quemaban los cañones contrarios. Los escuadrones de dragones del enemigo que se atrevieron á descender, fueron cargados sable en mano por los granaderos á caballo, á las inmediatas órdenes del coronel Zapiola, y puestos en fuga vergonzosa. El jefe de la izquierda patriota al frente de sus infanterías, empeñó por su parte un encuentro sobre la derecha del enemigo, en el cual no fué afortunado, á pesar del denuedo de sus tropas y de la serenidad del comandante Martínez, á causa de la superioridad numérica de los contrarios. Este momento de la batalla pudo dar la esperanza del triunfo á los invasores. Pero redoblando el esfuerzo de los independientes en proporción al peligro, acudieron á la parte que flaqueaba, primeramente el denodado Las Heras, y en seguida D. Hilarion de

la Quintana con la division del centro, en cumplimiento de las órdenes del general San Martín, el cual colocado en el corazon del campo y del peligro, seguía con su vista experimentada los incidentes de aquel terrible combate. Aquellas fuerzas se comportaron con tal valor que obligaron al enemigo á abandonar varias de sus posiciones, y á situarse desmoralizado á la retaguardia del grueso de su ejército. Entonces, aprovechándose los patriotas de este movimiento, que daba un aspecto favorable á su situacion, empeñaron con mayor encarnizamiento su ataque contra las fuerzas españolas concentradas en poco espacio, ataque que se mantuvo valerosamente por una y otra parte, durante media hora, al cabo de la cual comenzaron á retroceder los batallones realistas, al empuje de las bayonetas de las columnas patriotas.

En este momento glorioso para la causa de la independencia, avanzó el general San Martín acompañado de una pequeña escolta, y dictó varias medidas para que todo su ejército emprendiese la persecucion de los vencidos; y lleno de la satisfaccion que experimentaba al ver vengados los desaires recientes, escribió al Director este parte que debió llenar de entusiasmo y de gozo al pue-

blo de Chile, para siempre redimido de sus opresores: «Acabamos de ganar completamente la accion. Un pequeño resto huye: nuestra caballeria lo persigue hasta concluirlo. La pátria es libre.—SAN MARTIN.»

En efecto, la fortuna estaba decidida á favor de los independientes, pero aun faltaba sangre que derramar para completar la victoria. Las casas de Espejo de que hemos hecho mencion en el bosquejo de esta batalla, ofrecieron un refugio último á las fuerzas en retirada, bajo la serena direccion del brigadier Ordoñez. Este gefe colocó sus infantes y su artilleria en el fondo del callejon del caserío y sobre las alturas inmediatas. La posicion era fuerte; pero las tropas patriotas encargadas de la persecucion, no debian detenerse delante de ningun obstáculo. El comandante D. Isaac Thompson, disponiendo en columna á su batallon, avanzó, dejando un lamentable reguero de sangre generosa por entre aquellos cercos funestos, mientras que diez y siete bocas de cañon hacian fuego sobre los cuadros enemigos formados á la derecha de la hacienda de Espejo.

Este episodio honroso para el valor americano, y de baldon para los que resistian sin esperanza y sin gloria, cerró á las seis de la tarde la série

de peripecias multiplicadas que constituyen la accion de las llanuras de Maipo, cuyo resultado fué mas de 1,000 muertos por parte del enemigo, 1,300 prisioneros entre gefes y oficiales, y la pérdida de todo el parque de artilleria, armas y vestuarios de que abundantemente estaban provistas las fuerzas espedicionarias de Ossorio.

« GLORIA AL SALVADOR DE CHILE ! » — Tales fueron las palabras con que saludó el Director O'Higgins al vencedor sobre el campo mismo de batalla; y la posteridad las repite.

A las diez de la noche de aquel dia memorable, entró San Martin á la capital en medio de los entusiastas vivas del vecindario y del repique jeneral de las campanas de todos los templos. La ciudad se iluminó, los himnos patrióticos resonaron en todas las plazas, mientras que el vencedor recibia en el palacio de gobierno las felicitaciones de los vecinos mas notables. Puede decirse, que aquella noche descansó el general San Martin de las duras fatigas de los dias anteriores, sobre una almohada de laureles.

Otros mas modestos, pero no teñidos en sangre, supo añadir á la gloria de su nombre. Uno de sus ayudantes habia recibido la comision especial de perseguir á Ossorio y capturarle en la

desdorosa huida que emprendió antes de terminar la batalla. El jefe español salvó de aquel peligro, pero no pudo salvar sus papeles que vinieron íntegros á manos de San Martín. Este les examinó detenidamente y encontró entre ellos varias cartas de personas de Santiago, que felicitaban al afortunado en Cancha-Rayada, bajo la impresión del terror que habia inspirado aquel desastre en el ánimo de los débiles. «Otro hombre menos sagaz que San Martín, dice un escritor chileno, y nosotros decimos, menos generoso, habria convertido cada una de esas cartas en un auto cabeza de proceso contra los ciudadanos que las escribieron, y habria llenado las cárceles de patriotas bien intencionados, cuyo único delito era su debilidad de carácter; pero aquel general se abstuvo de mostrarlas á nadie; y ocho dias despues de la batalla, el domingo 12 de abril, las quemó secretamente en el lugar denominado el Salto, á dos leguas de Santiago, donde habia ido aquella vez á pasar un dia de campo.» Y tal es la fuerza de las acciones morales y de los actos magnánimos, que mientras sobre el campo de Maipo no existe monumento alguno que conmemore la batalla de que fué teatro, se levanta uno elocuente por su misma modestia, en aquel

lugar en donde ardió en las llamas la cartera acusadora de Ossorio.

La noticia del suceso memorable del 3, fué llevada á Mendoza en menos de tres dias por el mayor D. Mariano Escalada, hermano político del general San Martín. El emisario de la victoria al otro lado de los Andes, llegó á aquella ciudad poco despues que los hermanos Don Juan José y D. Luis Carrera, detenidos por mucho tiempo en los calabozos de Mendoza, habian sido pasados por las armas en virtud de sentencia pronunciada en una causa de conspiracion que se les siguió segun las formas ordinarias. Los afectos á la familia de aquellas interesantes víctimas, y los que se dejan llevar por las apariencias y las probabilidades, han querido hacer pesar sobre el nombre del general San Martín, la responsabilidad de una catástrofe que solo fué consecuencia de los extravios y de las pasiones de aquellos desventurados hermanos. San Martín está absuelto de toda inculpacion fundada á aquel respecto; y si faltasen documentós para probar su ninguna participacion en un acto de que solo deben dar cuenta las autoridades que dictaron la sentencia definitiva, bastaria para descargo de aquel general, la siguiente página que tomamos de

un libro notable consagrado á la historia de la independencia de Chile, y escrito por un hijo de esa república: « El dia 11 de abril, cuando la poblacion de Santiago estaba embargada por el júbilo producido por el triunfo, la esposa de D. Juan José Carrera se presentó al general San Martin, á pedirle el perdon de su marido, ó al menos que se le tratase con lenidad, en virtud de los servicios que habia prestado á su patria. San Martin accedió en el acto, y escribió á O'Higgins la nota siguiente: « Exmo. Señor—Si los cortos servicios que tengo rendidos á Chile merecen alguna consideracion, los interpongo para suplicar á V. E. se sirva mandar se sobresea en la causa que se sigue á los Sres. Carrera. Estos sujetos podrán ser tal vez algun dia útiles á la patria, y V. E. tendrá la satisfaccion de haber empleado su clemencia en beneficio público. » Este era el lenguaje de aquel á quien se pinta por algunos, como enemigo inapeable de las víctimas de Mendoza. El autor del « Ostracismo de los Carrera », que se habia hecho el éco de rumores siniestros que inculpaban á San Martin el envio de un emisario para acelerar la muerte de los Carrera, se congratula mas tarde, en el « Ostracismo de O'Higgins », por haber hallado documentos « que lavan una

mancha, que, como el reflejo de una afrenta nacional, la *tradiccion desautorizada* hacia pesar sobre dos nombres tan grandes como queridos» —los nombres de San Martín y de O'Higgins.

El general San Martín no quiso descansar un momento de sus fatigas. Para él, la victoria del 5, no era sino un paso adelante en el derrotero que se habia trazado muy de antemano, y cuyo término era el Perú, centro de los recursos y del poder de los españoles. Mas, para realizar el pensamiento de esa cruzada libertadora, era necesario organizar una expedición considerable, trasportarla en numerosas embarcaciones, y darla por apoyo una marina de guerra capaz de segundar las operaciones terrestres sobre el vasto litoral peruano.

Era este plan demasiado arriesgado y grande, para que no tuviera participación en él el gobierno de las provincias Unidas, á cuyos esfuerzos generosos se debia la formación del ejército que habia iniciado la libertad de Chile. A mas, entraba en los cálculos de San Martín y del gobierno chileno, combinar las operaciones de las fuerzas que debian atacar los puntos de la costa del Pacífico, con los movimientos del ejército argentino que ocupaba las provincias del Norte,

para conseguir de este modo la destruccion de un poder que permanecia tan dueño del imperio de los Incas, como antes de 1810. Tales eran los puntos que exigian el acuerdo de los gobiernos argentino y chileno, y de cuyo arreglo se hizo plenipotenciario oficioso, el mismo General.

El domingo 10 de Mayo de 1818, la poblacion de Buenos Aires no queria dar crédito á la noticia que cundia por todas partes, de que el vencedor de Maipo se hallaba á sesenta y dos leguas de la capital; pues apenas hacia quince dias que la gaceta ministerial habia dado á luz el parte oficial de aquella jornada, con caracteres de tinta celeste como nuestra bandera. Mayor fué la sorpresa, cuando el General, esquivando las demostraciones que disponia en su obsequio la gratitud pública, entró á su casa en las primeras horas de la mañana del lunes siguiente, dando de este modo nuevas pruebas de su modestia. Sin embargo, tanto el Congreso reunido entonces en Buenos Aires, como el Director Pueyrredon, habian dictado disposiciones honoríficas á favor del libertador de Chile y señalado el dia 17 para tributarle el respeto á que se habia hecho acreedor por el tamaño de sus servicios. Acompañado del Director, fué condu-

cido por entre banderas, soldados de parada y arcos de triunfo, hasta la casa del Congreso donde recibió los agradecimientos de este cuerpo por el órgano de su Presidente, así como recibía del pueblo las aclamaciones y los vivas más entusiastas. El general San Martín contribuyó con su presencia á exaltar las demostraciones de patriotismo con que en aquel año se celebró el aniversario del 25 de Mayo en la capital de las Provincias Unidas.

El invierno que interrumpe el tránsito de las cordilleras obligó á San Martín á permanecer en su simpática Mendoza hasta fines de Octubre en que se presentó en la capital de Chile, entrando en ella casi sin ser sentido, para evitar el recibimiento espléndido que le tenía preparado el agradecido vecindario. El gobierno argentino no había podido facilitar los auxilios, especialmente pecuniarios, que esperaba San Martín para realizar la expedición del Pacífico y llegaba á Chile con este desconsuelo, mitigado un tanto por los progresos que durante su ausencia había hecho la marina chilena, la cual á las órdenes del contraalmirante Blanco, acababa de apresar á la fragata española «*María Isabel*» en las aguas de Talcahuano, y varios transportes destinados al Callao.

El general San Martín, en el largo espacio que media entre su viaje á Buenos Aires y su salida para el Perú, experimentó muchos disgustos en sus relaciones con la autoridad argentina, á la que prestaba el mayor respeto y con cuya cooperación no podía menos que contar para sus planes militares. El gobierno de las Provincias Unidas que se veía amenazado por la ruidosa expedición española de 20,000 hombres al mando de Abisbal y por los disturbios interiores, reclamaba la presencia del general San Martín en el territorio argentino, en tanto que el gobierno de Chile le llamaba con urgencia para que se pusiese al frente de la expedición al Perú. Entre estas dos fuerzas contrarias, el conflicto del general San Martín era terrible. Si se dejaba llevar de la primera, era probable que la moral de las tropas, que él deseaba conservar para los fines generales de la causa americana, se comprometiese al contacto de los bandos anárquicos y se alentase de nuevo con este resultado la esperanza del Virey de Lima de restablecerse de los golpes que había recibido en la gloriosa campaña de Chile. El General San Martín espuso estas consideraciones al Directorio, y consta que no tomó la determinación de embarcarse definitivamente para el Perú an-

tes de haber recabado del Gobierno Argentino el asentimiento necesario. Las órdenes dadas por éste para que el ejército de los Andes repasase las cordilleras, en la suposición de que era imposible realizar la proyectada expedición á Lima, fueron revocadas así que el mismo Directorio se persuadió de la posibilidad de verificarla á esfuerzos del patriotismo chileno, y autorizó al mismo tiempo al General San Martín para que hiciese pasar al Occidente de los Andes los escuadrones de cazadores á caballo que existían en las Provincias de Cuyo. Las consideraciones en que se fundan estas resoluciones hacen honor á la discreción y al patriotismo de las autoridades que residían entonces en Buenos Aires, pues muestran un decidido anhelo por llevar adelante la guerra contra el enemigo común, dejando al cuidado de la política el arreglo de las desavenencias internas, menos peligrosas sin duda que la existencia de los antiguos dominadores en el corazón de la América. Las previsiones de San Martín se confirmaron muy pronto con las sublevaciones que se sintieron en el ejército del General Belgrano y en las fuerzas más brillantes del ejército de los Andes, de las cuales pudo salvar dos mil hombres el General D. Rudecindo

Alvarado, poniéndolos fuera del incendio de la guerra civil argentina al otro lado de las cordilleras. Aun en aquella aciaga época en que no quedó en pié mas autoridad regular que la del Cabildo de Buenos Aires, que podia considerarse como encargado del gobierno de un municipio, no pretendió el General San Martín desconocer las obligaciones que tenia para con el pueblo argentino ni su dependencia de él como gefe del ejército de los Andes. Asi lo prueba la nota que en la víspera de marchar para el Perú dirigió á quella corporacion reconociéndola como representante «del pueblo heróico, del pueblo virtuoso, el mas digno de la gratitud de la historia», protestándole al mismo tiempo «que desde el momento en que se erijiese la autoridad central de las Provincias, estaria el ejército de los Andes subordinado á sus órdenes superiores, con la mas llana y respetuosa obediencia.»

La marina que tanto propendió á fundar el poder de la España en el nuevo continente, arrojada del Rio de la Plata desde los primeros años de nuestra revolucion, asilaba parte de sus gloriosos restos en las aguas del Pacífico, en donde, en la estensa costa que média entre las provincias meridionales de Chile y los castillos del

Callao, hallaba fortificaciones poderosas en que estacionarse con seguridad. Cupo al pueblo chileno la fortuna de arrojar para siempre de aquellas aguas á esas naves que eran uno de los obstáculos para que la obra de la independencia se consumara.

La revolución, inspiradora de tantos pensamientos fecundos, reveló á aquella república su destino escrito por la naturaleza con los signos de su geografía. Encerrada entre una cadena de montes y las aguas de un Océano, comprendió que no podía agrandarse ni preponderar entre los pueblos que nacían para libertad, sino echando sobre ese mar los pinos de sus bosques convertidos en embarcaciones que dilatasen su comercio y su fuerza mas allá de los reducidos límites de su territorio abundante en frutos, porque lo es en hombres laboriosos.

Los gobiernos de Chile, no perdieron un solo día para consumir la realizacion de aquel pensamiento; y así, es admirable observar, y es glorioso para el nombre americano, que la escuadra de aquel país que en 1813 se componía á penas de una fragata y de un bergantin, que no sirvieron por su mala organizacion sino para comprometer su causa, contaba en 1820, un navio.

el «San Martín», cuatro fragatas, una corbeta, cuatro bergantines y dos goletas, con un total de 324 cañones. Esta fuerza naval llena de disciplina y regularizada en su administración económica y militar, había contribuido al incremento de la marina mercante y adquirido gran preponderancia en las aguas del Pacífico, sobre las cuales fué siempre favorecida de la fortuna.

Era su Almirante, uno de los marinos más notables de este siglo, el Lord Tomás Cochrane, Conde de Dundonald, hombre sin par en el arrojo, de talento fértil en recursos, de gran experiencia en lances de mar; pero tan pagado de sus opiniones y valer, que según el juicio de sus compatriotas, se hizo siempre odioso á sus superiores y fué víctima de los defectos de su carácter descontentadizo.

Este hombre esclarecido, que tantos servicios prestó á la causa de la independencia en América y de la libertad en todo el mundo, no ha contribuido poco para agigantar el mérito personal de San Martín, de quien se declaró émulo y rival, desde que fué confiado á éste el mando en jefe de la expedición al Perú á que también él aspiraba. Sería difícil establecer un paralelo entre estos dos personajes; pero puede decirse,

que la paciente grandeza, que la moderacion y el acierto del General argentino en todas sus relaciones con el impetuoso Almirante que despreciaba las combinaciones sábias de la estrategia militar, por no confiar mas que en la audácia impremeditada de los golpes de mano que con tanta frecuencia burla la fortuna, triunfaron de éste, y le dejaron desairado ante los ojos imparciales, por mas que en largas y apasionadas *Memorias* de su vida, haya querido deprimir á quien confió su defensa esclusivamente y en silencio al fallo de la posteridad.

Así que el dia 6 de Mayo, fué nombrado el General San Martin jefe del ejército y de la expedicion libertadora al Perú, pasó al puerto de Valparaiso á entender en los aprestos últimos, y á vencer las dificultades que el Almirante oponia al embarco de las tropas, cuyo número le parecia excesivo. En la última de las conferencias que con aquel motivo tuvieron ambos gefes, el general San Martin, con demostraciones claras y con su lenguaje preciso y militar, le hizo ver que los intereses y las circunstancias de América, exigian que la expedicion se verificase con el número de fuerzas designadas, y que era resolucion del pueblo y del gobierno el emprender

la marcha de cualquier manera. El Almirante, no pudo menos que convenir en las razones imponentes del general y la expedición se puso en marcha.

Pero el antiguo jefe del ejército de los Andes, no abandonó aquellas playas sin volver antes sus ojos al país de su nacimiento, que en aquel instante estaba envuelto en el caos de una disolución política: dirigió palabras de respeto al Cabildo de Buenos Aires en los términos que hemos visto, y sacó de su corazón y de su inteligencia, consejos afectuosos encaminados á hacer odiosa la división intestina á los habitantes de las Provincias del Río de la Plata: “Yo os hablo con la franqueza de un soldado, decía á sus compatriotas en un Manifiesto que lleva la fecha de 22 de Julio de 1820. Si dóciles á la experiencia de diez años de conflictos, no dais á vuestros deseos una dirección mas prudente, temo de que cansados de la anarquía, suspireis al fin por la opresión y recibais el yugo del primer aventurero feliz que se presente, quien lejos de fijar vuestro destino, no hará mas que prolongar vuestra incertidumbre.” A continuación de estas palabras sensatas, cuya lectura tienen hoy la eficacia de una profecía, en

vista de humillaciones que no podemos olvidar, el general San Martín hace una exposición rápida de su carrera desde que regresó á su patria, para fundar en ella su defensa “contra la severa actividad de la calumnia de sus enemigos.”

Por fortuna, resulta de ese mismo documento, que si tenia razon para quejarse de actos de ingratitude, era esta hija y resultado natural del desorden en las cosas y en las ideas que en aquella época reinaba, puesto que segun las mismas espresiones del general, “solo despues de haber triunfado la anarquia, habia entrado en el cálculo de sus enemigos el calumniarle sin disfraz.” Pero si los resentimientos de que era víctima, no tuviesen esta esplicacion, el contesta allí mismo de una manera satisfactoria á los cargos que pudieran hacérsele por haberse negado á oponer la influencia de su prestigio á la insubordinacion de los pueblos contra el gobierno de la Nacion. “El general San Martín, dice en aquel mismo Manifiesto, jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y solo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sud-América.”

Dado á reconocer el general San Martín por gefe de mar y tierra, y por, consiguiente, por

único director de las operaciones de la expedición, zarpó ésta del puerto de Valparaíso en la tarde del 20 de Agosto de 1820. Veinte eran las velas que se daban al viento, y el general San Martín con su Estado Mayor montaba el navío de su nombre.

Diez y ocho días después, las tropas de la expedición, cuyo número total no pasaba de 4,000 hombres, tomaron tierra en las cercanías del pueblo de Pisco, en donde se estableció el cuartel general.

Pisaba al fin el general San Martín el suelo ansiado del Perú. Lima, punto de sus miras, no distaba más que sesenta leguas del lugar en que se encontraba. La libertad de un millón de almas diseminadas desde Atacama hasta el Amazonas, era la misión del reducido número de valientes que le acompañaban. Mas para realizar esta empresa verdaderamente colosal, tenía que combatir á veinte y tres mil soldados aguerridos, que luchar con la obra envejecida de tres siglos, y que vencer las inclemencias de una naturaleza estremosa, cuyas montañas frías y ásperas son inhospitalarias, y cuyos valles esconden la enfermedad y la muerte en el perfume y la dulzura de sus frutos.

Aunque San Martín era un soldado colocado al frente de un ejército acostumbrado á batallar y á vencer, y en cuyas virtudes confiaba, contaba mas que con las victorias sangrientas, con el poder moral de las miras que le conducian al Perú; y consideraba á su expedición como un gran punto de apoyo ofrecido por quienes ya gozaban los beneficios de la independencia, al resto de los americanos que aun jemian bajo el régimen colonial y aspiraban á gobernarse por sí mismos. Este modo de considerar su misión era verdaderamente argentino, porque las armas que la revolución de Mayo puso en manos de tanto valiente, llevaron siempre en sus puntas, no solo la fuerza material, sino tambien la fuerza de los principios y de las ideas sociales, en consonancia con las aspiraciones de los tiempos modernos. Donde nuestros ejércitos han puesto el pié, allí han dejado el gérmen fecundo de la libertad, de la independencia y de la política generosa. Y efectivamente, cuando San Martín se retiró del Perú, la independencia de este país estaba consumada y echadas las bases de su régimen representativo, fundado en la existencia de un Congreso que representaba á la Nación Peruana, soberana é independiente de todo poder extranjero.

Sin embargo, la accion de las armas era indispensable, y el general San Martin, antes de moverse de Pisco, tomando en cuenta la naturaleza fisica y la disposicion moral de los diversos habitantes del Perú, trazó su plan de campaña con el acierto que va á verse.

Aquel pais, usando las mismas palabras del sábio Unanue, «se divide de dos porciones de terreno muy desiguales entre sí. El de la costa, está compuesto de arenales estériles y valles pequeños aunque fecundos, y el de las Sierra, de cordilleras elevadísimas y de quebradas profundas.» Los habitantes de estas dos rejiones son de carácter en armonia con la naturaleza que les rodea. El indio de la Sierra aferrado todavia á sus costumbres primitivas es capaz de esfuerzos corporales, ágil y amigo de la libertad personal por lo mismo que no la disfruta. La poblacion de la costa, en la cual se ejerce mas directamente la influencia de la Europa, es inteligente, amiga de las novedades, pero un tanto muelle é indolente.

Sobre esta carta geográfica trazó el general San Martin de el itinerario de sus soldados. El general Arenales, varon á la antigua, nacido entre montañas y de una constancia á toda prueba,

ha, es destinado al corazon de la Sierra con mil hombres de todas armas. Desde Jauja, situada al Oriente y en la latitud de Lima privaria á esta ciudad de recursos, mientras que San Martin atacando hácia la parte Norte de aquella capital con el resto del ejército se pondria en comunicacion con la espedicion á la Sierra y promoveria la sublevacion de las provincias altas intermedias entre uno y otro General. Estas disposiciones tenian por objeto insurreccionar á los habitantes de las montañas, con cuya buena disposicion se contaba, bloquear á Lima por hambre y obligar al Virey Pezuela á una capitulacion. La entrada del ejército libertador á la ciudad de los Reyes, debia ser una consecuencia y el resultado de este plan, mediante el favor de la fortuna.

A la aparicion de las fuerzas independientes acudieron las turbas indíjenas á recibirlas en triunfo, y formando como la vanguardia cívica del aguerrido Arenales, contribuyeron al buen éxito de la empresa confiada á este general, que se cubrió de gloria, batiendo en Pasco una fuerza de mas de mil hombres al mando del brigadier español O'Reylly.

No menos favorables á los libertadores se presentaban los vecinos de la costa; muchos de

ellos abandonaban sus familias y se dirijian á Ica en donde se comenzaba á formar una division de naturales. Mientras tanto el general San Martin en prosecucion de su plan dirijíase al puerto de Huacho, situado un grado mas al Norte de Lima, haciendo en su travesía una importante adquisicion con la fragata “Esmeralda” cuya captura es una de las glorias de la marina independiente del Pacífico.

En las cercanías de la costa de Huacho se estiende hácia el interior el valle de Huaura, cuyo temperamento participa de las ventajas y de los inconvenientes de los climas ardientes. Allí estableció el general San Martin el campamento de su ejército, atendiendo á los resultados de los movimientos de la Sierra, obrando con su presencia sobre la opinion del pais y debilitando la fuerza y la disciplina de los soldados de Pezuela, mas eficazmente, que con sangrientas batallas. Cada dia tenia nuevos motivos para persistir en su plan primitivo y para mantener el asedio que debia abrirle las puertas de la capital del Perú. A la noticia de su arribo á aquellas costas habíanse conmovido muchas provincias y partidos importantes declarándose independientes, desde Guamanga hasta Gua-

yaquil: batallones enteros, como el de Numancia, abandonando las banderas reales vinieron á ampararse bajo las del libertador.

La permanencia del general San Martín en aquel punto del litoral peruano, si no hubiese sido resultado de sus cálculos lo habría sido de la necesidad. Sus soldados, hijos de rejiones templadas sucumbian á las fiebres intermitentes de los valles cálidos, y su mismo jefe pierde la salud aunque mantiene sano el espíritu.

Apesar de esta situación que llegó á ser verdaderamente lamentable, la acción de los libertadores se hacía sentir por todas partes y especialmente en el corazón del poder del Virreinato. Mientras la escuadra bloqueaba el puerto del Callao, el general Arenales emprendía nuevas operaciones en la Sierra, y San Martín redoblabá su vigilancia por la parte norte del litoral, reduciendo de este modo, á un completo aislamiento la ciudad de Lima, dentro de la cual fermentaba ya la independencia tanto como se abatía el prestigio de la autoridad de Pezuela. La imprenta del ejército libertador, dirigida por escritores de singular talento, derramaba por todas partes el convencimiento de la justicia de la causa de los pueblos americanos y contribuía

á formar el espíritu público. Los soldados españoles estaban moralmente vencidos. En número de mas de ocho mil hombres mandados por gefes como Canterac, La Serna, Valdez etc., no se atrevieron nunca á atacar al reducido número de independientes, situados al amparo de fortificaciones pasageras en aquellos valles mortíferos. Verdad es que habian mostrado brio y una constancia á prueba, en todas las ocasiones en que se encontraron con el enemigo. La espedicion al mando del coronel Miller con destino á Pisco, castigó la altanería del general español Loriga, tomó á viva fuerza la villa y puerto de Arica, y obtuvo dos victorias mas en Mirabé y en Moquegua, antes de regresar á su punto de partida. Hasta los episodios de aquella campaña del general San Martín, tomaban dimensiones héroicas que avasallaban la imaginacion de los españoles porque solo pueden compararse con las acciones de los tiempos caballerescos. En un reconocimiento de vanguardia por ejemplo, habia quedado el capitán Pringles al mando de solo veinte y cinco granaderos á caballo: tres escuadrones de españoles le atacan y él toma, batiéndose, la retirada sobre la costa del mar en las playas de Chancay. Viéndose el valeroso ca-

pitán con menos de la tercera parte de sus soldados y con sus caballos rendidos por la sed, el cansancio y la aridez del terreno, concibe la idea de arrojarse al mar con el puñado de sus valientes y lo ejecuta. Pero, en presencia de semejante acto de heroísmo, el gefe español ofrece una capitulación que acepta el capitán Pringles, al cual puede considerársele victorioso despues de vencido.

Pero si la conducta militar del ejército fué honrosa para el valor siempre acreditado de los soldados de la libertad, la sábia política dirijida por el general en gefe, lograba el mayor de los triunfos que pudo alcanzar en el Perú la causa americana. San Martín repitió á las puertas de la capital del Perú el ejemplo dado por el pueblo de Buenos Aires en los primeros dias de la revolucion, cuando derribó al suelo el prestigio de uno de esos ídolos que representaban en el nuevo mundo al monarca español.

El Virey Pezuela, minado en su poder, y acusado de impotente para desempeñar las funciones de su alto empleo, fué depuesto por sus propios subordinados el dia 29 de Enero de 1821: acontecimiento sin ejemplo en el Perú desde los dias de la conquista, y que dejaba presagiar que

la revolucion se acercaba á su triunfo definitivo.

El general La Serna se sentia tan vencido como su antecesor, y pocos meses despues de haber asumido el carácter de Virey, celebró un armisticio con el general San Martin, que habia tomado tierra al efecto en el puerto de Ancon, sirviendo aquella suspension de armas como de preliminar á un tratado de paz entre los beligerantes.

El gefe del ejército libertador, no quiso presentarse como un obstáculo para que cesase la efusion de sangre; pero trató de dar á las bases de la paz un carácter generoso y elevado, que sus contrarios eran incapaces de comprender.

Propúsoles que se proclamase de comun acuerdo la independendencia del Perú, y que se recabase del gobierno de la Península, el reconocimiento de la Nacion peruana. Los gefes del ejército real, no accedieron á estas proposiciones, y las hostilidades comenzaron de nuevo, con gran ventaja para los independientes. Despues de haber cumplido con su deber como hábil político y como hombre de nobles sentimientos, el general San Martin, libre de toda responsabilidad con respecto á la sangre que se derramase en adelante se felicitó hasta cierto punto de la tenacidad de sus contrarios. Segun se espresaba él mismo, dan-

do noticia de estas transacciones, ellas eran ventajosas, en su concepto, para la independencia americana, pues no se exigia mas que un armisticio de diez y seis meses durante los cuales la fuerza de la opinion consumaría la libertad del Perú. A mas, el general San Martin contaba con la desmoralizacion de los soldados enemigos y con su desercion, y no vacilaba, segun sus propias palabras, en prolongar un poco de mas tiempo los males, para gozar despues tranquilamente los beneficios de la paz al amparo de la libertad.

Estas previsiones se realizaron en todas sus partes, pues, estrechados los realistas por las operaciones militares del ejército libertador y privados del apoyo de la opinion pública, cada dia mas inclinada á favor de los independientes, se vieron forzados á abandonar la ciudad de Lima, ocupándola inmediatamente las fuerzas patriotas en los primeros dias del mes de Julio.

Al abandonar las españolas la metrópoli peruana, se cebaron en las personas y bienes de los naturales que habian dado pruebas de adhesion hácia los libertadores y dejaron tras de sí el silencio y la consternacion. Todo quedaba en ruinas, y hasta los templos despojados de sus

principales riquezas. En el espacio que média entre el puerto del Callao y la ciudad de Lima, no se advertia el mas leve síntoma de movimiento mercantil. La aduana sin efectos en sus capaces almacenes mantenía desde tiempo atrás cerradas sus puertas á todo tráfico, y en las calles antes bulliciosas de la ciudad de las fiestas y ceremonias cortesanescas, no se encontraban mas que transeuntes entristecidos por los efectos de una dominación insoportable, agravada con el peso de una soldadesca autorizada para todos los excesos.

Pero semejante situación iba á cambiar como por encanto á la influencia de las armas de la Patria. Lima en poder de los independientes era una conquista para la libertad, y un baluarte perdido para los dominadores de América, de quienes era el gran centro de sus recursos. Aquella, ciudad, antes asilo del despotismo inquisitorial y de la tiranía española, cambiaba enteramente su ser y entraba en el espíritu del tiempo, desprendiéndose para siempre de la cadena que la ligaba á los siglos antiguos, segun las conceptuosas palabras de un periodista de aquellos dias. Y así era la verdad. «La capital ha entrado ya en el número de los pueblos libres

de América», decía el general San Martín en su primer proclama á los vecinos de Lima. Yo me complazco en saber que sus habitantes gozan de tan señalado beneficio, y haré tantos esfuerzos para promover su felicidad, cuantos he practicado para acelerar su independencia.» Era también entonces la primera ocasión que escuchaban aquellas poblaciones las palabras de «olvido» y «tolerancia», que como éco de los principios conquistados por la revolución, eran el hálito de la nueva vida que iba cundiendo del Sur hácia el Ecuador desde las llanuras argentinas. «Yo estoy resuelto, (continuaba el general) á correr un velo sobre todo lo pasado, y desentenderme de las opiniones políticas que antes de ahora hubiese manifestado cada uno.»

El Cabildo de Lima, condenado desde su creación á servir de escolta ceremoniosa en la comitiva de los Vireyes, comenzó á ejercer mas nobles funciones, y en nombre del Libertador abrió sus salas capitulares para que los vecinos mas respetables espresasen «si la opinion general se hallaba ó no decidida por la independencia.» Esto tenia lugar el 14 de Julio, al dia siguiente de la entrada del general San Martín á Lima, y el 29 estaba jurada solemnemente la indepen-

dencia del Perú, que le colocaba en el número de los pueblos libres, y permitía pocos días después, decir lleno de entusiasmo á su Libertador: «La capital del Perú y casi todos sus Departamentos, han proclamado la independencia. Un solo sentimiento anima á todos los que habitan entre la tierra del Fuego y la del Labrador: los pueblos que no lo han manifestado, están ya en la víspera de ejecutarlo, y no hay fuerza bastante para impedirlo.»

Pero era indispensable que la nueva Nación, se manifestase digna de sus destinos, y se pudiese en aptitud de hacer frente á sus enemigos, todavía en armas y numerosos, y de reformar su administracion económica en armonia con las ideas de gobierno proclamadas por las otras secciones libres de América. Vióse pues el General vencedor, en la necesidad de constituir un gobierno con los elementos de autoridad suficiente para acometer esta tarea, difícil en el Perú mas que en ninguna otra de las colonias españolas del Sur, porque era el centro de todos los abusos y de todos los errores que son como la enfermedad moral de los pueblos esclavos. El general San Martín, se declaró cabeza de ese gobierno con el título de «Protector de la libertad del Pe-

rú. » Pero, como el poder que iba á ejercer en medio de tantas dificultades y en una época en que era necesario que se mantuviesen en una misma mano las espadas de la fuerza y de la justicia, le venia de la victoria, quiso dictar un Estatuto provisional que fuese una verdadera constitucion reglamentaria de las atribuciones del Protectorado. Segun ese documento, que el general San Martín ofreció observar y cumplir bajo la lealtad de su palabra y la fé de su juramento, las facultades que iba á ejercer emanaban del imperio de la necesidad, de la fuerza de la razon y de la exigencia del bien público. El Estatuto creaba un consejo de Estado compuesto de doce individuos, cuyas funciones eran dar dictámen al gobierno en los casos de difícil resolucion, y examinar los planes de reforma concebidos por el gefe de la administracion; establecia la completa independendencia del Poder judicial, como única y verdadera salvaguardia de la libertad del pueblo; sancionaba la de imprenta, cuyo uso se reglamentó mas tarde en un decreto especial; reconocia el derecho que compete á los que disienten de la creencia católica. Por último, el general San Martín dió una prueba mas de sus deseos de acertar en su administracion y de ha-

cerla fructuosa para el bien y el progreso del Perú, rodeándose de ministros de la capacidad y de la esperiencia de los señores Monteagudo, Garcia del Rio y Unanue; un argentino, un colombiano y un hijo del Perú, que han dejado ilustrado su nombre por sus trabajos en favor de la independenciam y de la cultura intelectual de la América.

Esta administracion cambió en pocos meses las fôrmas de todos los establecimientos que constituian el régimén antiguo, y dió á las ideas del pueblo que nacía á la libertad, once años mas tarde que Buenos Aires y Chile, la direccion que constituia la honra y el progreso de estas dos repúblicas. Contrájose antes que todo, á levantar la dignidad de los individuos hasta allí humillada por los cálculos del poder que solo exigia docilidad y obediencia de los ciudadanos. Para des-
arraigar los abusos que reinaban á este respecto, abolió la pena de azotes para los adultos y los niños, el suplicio de la horca, y dignificó á las esposas y á las madres, señalándoles premios y honras por los actos que recomendasen las virtudes propias de su sexo. Convencida aquella administracion de que la libertad no progresa ni brilla sino apoyada en las buenas constumbres,

persiguió los vicios, hijos de la ociosidad y de la apatía pasada, especialmente el juego, y llevó su atención hasta sobre aquellos detalles más minuciosos que contribuyen á la decencia y al decoro de las poblaciones civilizadas. La instrucción pública, primera necesidad de las sociedades, recibió un gran impulso. Permittedse el libre comercio y la introducción sin restricciones de las obras impresas y se creó una sociedad que bajo el título de « Patriótica, » era un verdadero instituto científico y literario, con el objeto de discutir las cuestiones que tienen un influjo directo ó indirecto sobre el bien público, en materias políticas, económicas ó científicas; se fundó la biblioteca pública, á la cual regaló el general San Martín los libros mas selectos de la suya particular. Nombráronse comisiones de personas idóneas, para levantar el censo de los Departamentos, planos topográficos de los mismos, para proponer cuánta mejora creyesen ser practicable en beneficio de la agricultura, de la industria y de la instrucción pública en general. Viéronse entonces por primera vez en el Perú las instituciones de crédito y se establecieron bancos de descuento y de emisión para acercar el capital á las manos de los industriales y espe-

cialmente para fomentar la explotación de los metales preciosos que se hallaba en una lamentable decadencia: vióse también, ayudar con disposiciones liberales, el desarrollo del comercio y de la marina mercante reducida á un corto número de embarcaciones insuficientes para promover el cambio de los productos entre los puertos mismos del litoral peruano.

Esta reseña breve de las medidas dictadas por la nueva administración á cuya cabeza estaba el Protector, basta para inferir cuál sería su actividad y la ilustración de sus miras. Su alcance social fué inmenso. Cada decreto llegaba al pueblo precedido de considerandos luminosos que demostraban la conveniencia de la resolución dictada: fundándose en las más sanas doctrinas, contribuían á crear la escuela del verdadero gobierno democrático, que no tiene más fin que la felicidad pública y la mejora moral de la sociedad.

Por una coincidencia digna de notarse, la administración del Perú nacida de entre el humo de la guerra, marchaba paralela con la que en aquellos mismos días rehacía en Buenos Aires todo el orden social volcado desde sus cimientos por los trastornos del año veinte. No es de extrañar esta armonía de principios: ellos eran fru-

tos de las semillas de Mayo cultivadas en la mente vasta de San Martín, de Monteagudo y de Rivadavia, quienes mil veces se habían encontrado en el foro de la plaza de la Victoria en los momentos primeros y más solemnes de la lucha contra el antiguo régimen.

La sabiduría de esta política era más poderosa que los cañones para vencer á los antiguos opresores del Perú, y así lo reconoció este pueblo por conducto de su Municipalidad, agradeciendo por medio de una declaración pública de fecha 21 de Noviembre, la filantropía, el respeto por las personas y las propiedades, las virtudes en fin del Protector y de su ejército que habían sabido afianzar los derechos legítimos de los ciudadanos con hechos considerados hasta entonces como sueños y teorías irrealizables. Esta manifestación espontánea es la mejor gloria de San Martín, á quien en esa ocasión parangonaba la misma Municipalidad con Jorge Washington.

En tanto que se mostraba tan acertado como administrador el general San Martín, no lo había sido menos como militar desde que ejercía el cargo de Protector.

El enemigo guarecido en las sierras, descendió de ellas en número de más de cuatro mil hombres

con el intento de recobrar la capital, y comenzó con este motivo una nueva campaña, que el mismo San Martín llama *singular*, por cuanto derrotó en ella á sus contrarios á fuerza de habilidad y de persistencia en un solo plan concebido de antemano. Haciendo movimientos rápidos é inesperados en virtud de los cuales se apoderaba siempre de las posiciones mas ventajosas, acosó al enemigo, le redujo á los extremos del hambre, á tal punto, que los que pretendían recobrar á Lima, abandonaron escarmentados su intento, dejando en poder del Protector los famosos castillos del Callao guarnecidos por mas de ochocientos cañones de todos calibres.

Sin embargo, el general San Martín no habia podido coronarse con los laureles de un nuevo Maipo en el imperio de los Incas, y el poder armado de la España aun permanecía en pié sobre aquel territorio. Mientras tanto el general Bolívar se presentaba en las inmediaciones de aquella escena con un ejército vencedor y rodeado de un prestigio de que el mismo general San Martín se congratulaba, puesto que ese prestigio habia sido conquistado en el servicio de la gran causa de la América. Incapaz de cálculos egoístas y dispuesto siempre á sacrificar los intereses

personales en aras de la Pátria miró en el guerrero de Colombia, no á un rival ni á un futuro usurpador de su gloria, sino á un nuevo cooperador, á un aliado, para completar con mayor cópia de elementos, la gran obra comenzada el día de su desembarco en las costas peruanas. Por otra parte, la comunidad de accion entre las armas argentino-chilenas y las colombianas, habian tenido ya su ensayo feliz á las faldas de Pichincha, en donde los granaderos de San Lorenzo mostraron una vez mas el temple de sus espadas.

Considerando bajo este punto al general Bolívar, lanzóse San Martín á su encuentro á fin de estrechar en sus brazos al hombre que á par de él habia escogido la Providencia para que compartiesen la responsabilidad de hacer estable el destino de América. La atencion de aquellas regiones se concentró en el espectáculo que iba á presentar aquel encuentro de dos hombres extraordinarios, que partiendo desde dos extremos del mundo nuevo, el uno desde el Plata, el otro desde el Orinoco, se daban cita bajo el Ecuador, á la sombra de los laureles de la victoria.

Aquella conferencia que vino á tener lugar en la ciudad de Guayaquil, el 25 de Julio de 1822, y que duró tres dias, durante los cuales no se se-

pararon un momento los dos héroes, fué cordial, afectuosa; pero lo que en ella se pasó, ha quedado envuelto en el misterio hasta ahora. La conducta posterior de San Martín, ha dado lugar á creer que aquellos dos hombres no pudieron ponerse de acuerdo, ya por diversidad de miras, ya por desarmonia de carácter; y que al decirse adios, la frialdad y el desencanto se pusieron de por medio entre ambos. La historia, cuando pueda ser mas explícita é imparcial que ahora, desentrañará el misterio del seno mismo de los hechos, tomando en cuenta las calidades del uno y del otro de los dos grandes actores de la célebre conferencia á las orillas del Guayas. Entonces, habrá motivo para admirar mas todavía, el patriotismo y el desinterés nunca desmentido del general San Martín, á quien cupo su parte de gloria en las jornadas de Junin y de Ayacucho, puesto que allí admiraron con su valor los capitanes y los soldados de la severa escuela del vencedor en Maipo. (1)

El dia 19 de Agosto, estuvo de regreso el Protector en la ciudad de Lima y reasumió el man-

(1) Véase al fin el "Paralelo entre San Martín y Bolívar" escrito por el autor de la presente biografía y publicado por primera vez, no ha mucho tiempo, en el "Correo del Domingo."

do supremo, que interinamente y durante su ausencia habia desempeñado el marques Torre-Tagle. Lleno de la idea de asegurar la independencia del Perú, destinó fuerzas escogidas á que desalojaran al enemigo de las provincias de Arequipa y del Alto Perú, y encomendó al viejo práctico de las asperezas de la Sierra, al general Arenales; que arrojase de ella á los españoles que la ocupaban de nuevo. Pero, al proveer con estas medidas á la seguridad del Perú, no quiso que su independencia quedara á merced del éxito inseguro de las operaciones militares, y como si previese otro género de peligros para esa misma independencia, no quiso que ella quedase á merced tampoco de la virtud personal de nadie, sino basada en la virtud del pueblo, representado segun las formas que constituyen las nacionalidades independientes.

San Martin revuelve en su cabeza la idea de ausentarse del Perú, pero no quiere separarse de aquella escena en que habia obrado tan grandes acciones, sin dar nuevos ejemplos de patriotismo y de magnanimidad, para vencer á su manera, á la ingratitud y la envidia que fermentaban al calor de su gloria.

El dia 18 de Setiembre, decretó desde su pa-

lacio, la reunion de todos los diputados cuyos poderes estuviesen espeditos para el 20; y en esta fecha, el primer cuerpo constituyente del Perú, declaraba, bajo el patrocinio del Libertador, que se hallaba solemnemente instalado, que la soberania residia esencialmente en la Nacion, y su egercicio en el Congreso que legítimamente la representaba.

En la sesion de apertura, presentóse el general San Martin ocupando la testera de la sala del congreso bajo un dosel suntuoso, y así que los representantes ocuparon sus asientos, despojóse el Protector del Perú de la banda bicolor que habia ceñido durante un año como insignia de Gefe Supremo del Estado, y pronunció la siguiente alocucion:—«Al deponer esta investidura, no hago sino cumplir con mi deber y con los votos de mi corazon. Si algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio del supremo poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy que felizmente lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces y tino necesarios á los representantes del pueblo, para hacer su felicidad. Peruanos! Desde este momento queda instalado el Congreso Soberano, y el pueblo reasume el poder supremo en todas sus partes.» Tales

fueron las palabras con que el General San Martín, saludó á los Representantes de la Nación que se levantaba á la faz del mundo por los esfuerzos de su génio.

Y esas palabras eran bien sinceras. Instado por el Congreso para que permaneciese en el país al frente de las armas con el título de Jeneralísimo, dió en términos explícitos las razones que le asistían para no aceptar ese cargo y para persistir en la determinación de abandonar al Perú después de constituido. «Mi presencia, Señor, en el Perú—dijo nuevamente al congreso—con las relaciones del poder que he dejado, y con las de la fuerza, es incompatible con la moral del Cuerpo Soberano y con mi propia opinión, por que ninguna prescindencia personal por mi parte alejaría los tiros de la maledicencia y de la calumnia.»

Al separarse el general San Martín del seno del Congreso, dejó sobre la mesa de los secretarios varios pliegos cerrados: en dos de ellos recomendaba y ponía bajo la protección de la Pátria, dos instituciones creadas por él para favorecer los intereses morales del Perú—«LA ORDEN DEL SOL»—que recompensaba los méritos contraídos en servicio de la causa de la independencia, y la

« SOCIEDAD LITERARIA », encargada de difundir las luces y de recompensar los talentos aplicados al progreso social.

En el día en que espontáneamente se desprendió del poder para depositarlo en manos de la Soberanía Nacional, el general San Martín encontró en su alma inspiraciones al nivel de aquel acto sublime.

Su despedida á los peruanos, que tiene la misma fecha de la instalación del Congreso, es un documento memorable, una de esas páginas cuya lectura eleva y enorgullece. « Diez años pasados en medio de la revolución y de la guerra, están recompensados para mí, decía, con dejar de ser hombre público. » Y cifrando su orgullo en haber presenciado la declaración de la independencia de Chile y del Perú y en poseer el estandarte que Pizarro tremoló sobre el imperio esclavizado de los Incas, recomendaba á los peruanos que depositasen su confianza en la Representación Nacional para evitar los males de la anarquía.

Y, levantándose mas alto todavía sobre el pedestal que se labraba con el desprendimiento de estos actos, pronunciaba las siguientes palabras eternamente memorables: « La presencia de un militar afortunado — por mas desprendimiento

que tenga — es temible á los Estados que de nuevo se constituyen; por otra parte, estoy cansado de oír decir que quiero hacerme soberano.»

Sus calumniadores quedaban desmentidos con los hechos. El supuesto ambicioso, constitua la Nacion peruana, abdicaba un poder que podia contar con la fuerza de las bayonetas, se asilaba en la vida privada y hasta huia de los lugares en que tanto se habia ilustrado, para no dar pretexto á los celos que se levantan frecuentemente en las democracias al rededor de los héroes.

El General San Martin dejó el suelo del Perú para siempre, el dia 21 de Setiembre, á bordo de la goleta “Motezuma” que le condujo á Chile, donde no permaneció mas que el tiempo necesario para recobrase de una enfermedad de dos meses. Decaido en su salud, sin mas fortuna que ciento y tantas onzas de oro, reducido á recibir la hospitalidad de su amigo O'Higgins, cuyo poder tocaba tambien á su término, perseguido encarnizadamente por el jactancioso Lord Cochrane, se vió forzado á atravesar como un fugitivo, aquellas mismas montañas que le habian visto al frente de sus nobles legiones, marchar en demanda de la libertad del pueblo.

chileno que le recibia ahora con tan ingrata indiferencia.

Aquella ciudad de Mendoza que el general San Martin recordaba con tanto cariño y en la cual hubiera deseado pasar el resto de su vida, feliz y alejado de los negocios públicos, se le presentó esta vez sombría para su corazon, pues fué allí donde recibió la amarga noticia del fallecimiento de su esposa, mujer de notable mérito, perteneciente á una distinguida y virtuosa familia de Buenos Aires, que habia asociado á su suerte, desde los primeros dias de su regreso de España. De este matrimonio quedábale una hija tierna, su único vínculo con la tierra, y á cuyo cuidado y educacion determinó consagrarse en Europa, para hacerla digna heredera de su nombre y apoyo dulce de la aislada vejez que le esperaba. El general, acelerando su viaje, llegó á Buenos Aires el dia 4 de Diciembre de 1823.

A mediados del mismo mes, un periódico de Buenos Aires anunciaba la presencia entre nosotros del vencedor de San Lorenzo, del libertador de Chile, del Pacificador del Perú, en términos tan lacónicos que el artículo referente al huésped glorioso, ocupa la mitad del espacio

del que á continuacion se consagra en la misma página á lamentar la despedida del « Centinela » de la escena periodística.—Hé aquí las palabras del « Argos », á que nos referimos: « Tenemos la satisfaccion de anunciar al público, el arribo á esta capital del general D. José de San Martin. Sin traicioniar los deberes de patriotas, no hay quien pueda mostrarse indiferente á la presencia de un héroe que ha coronado á la Nacion de tantos triunfos y laureles. Su alma, mas grande que la fortuna, echó en olvido su persona por acordarse de la nuestra, y por un camino erizado de peligros, elevó nuestra reputacion y gloria nacional, á un grado fuera de los cálculos de la esperanza. No es dudable que nuestros nobles conciudadanos, le tributen las señales de gratitud que corresponden al beneficio. »

Los escasos recursos de fortuna con que contaba el ex-Protector del Perú, le decidieron á fijarse en Bruxelas, pais barato y libre, despues de haber hecho algunos viajes por Escosia é Italia. Allí pasó una vida llena de privaciones, contando regresar á América y entregarse al cultivo de la tierra, así que su querida hija hubiese terminado su educacion. Parecióle á fines de 1828, que era llegado el momento de rea-

lizar estos proyectos: la heredera de su nombre se hallaba ya en estado de ser esposa de un caballero adornado de méritos personales y de un apellido recomendado por muchas virtudes: Buenos Aires, objeto constante de sus pensamientos, despues de tres administraciones ilustradas y llenas de patriotismo, habia acreditado su nombre en todo el mundo, y daba lugar á creer que sus instituciones liberales, estaban afianzadas para siempre bajo la proteccion del órden. Con la impresion de estas dulces ilusiones, se embarcó en Falmouth para el Rio de [la Plata, á cuyo puerto principal llegó en Febrero de 1829, en momentos en que los valientes de Ituzaingo sostenian una lucha cruel con el paisanaje de las campañas del litoral, acaudillados por Lopez y Rosas. Al saber esta noticia, aquel hombre que cien veces habia declaró que no se mezclaria en la lucha intestina de los paises por cuya independencia habia combatido, volvió triste la espalda á los lugares en que buscaba su último asilo, y desoyendo proposiciones que hubieran tentado á un militar ambicioso, se resolvió á regresar al viejo mundo, en donde probablemente le esperaban la escasez y los sinsabores del aislamiento.

Y en verdad que llegó á ser apurada su situacion allí. Estaba en París, contaba por único caudal dos partidas de á tres mil pesos, provenientes de la venta de sus propiedades de Mendoza y de una remesa del Perú; su salud estaba comprometida por los efectos del cólera y por el reumatismo adquirido en la intemperie de los campamentos militares. El ilustre servidor de América, tierra de los metales preciosos, no tenía en aquella situacion mas esperanza que en la bondad de la Providencia, y ella vino en su auxilio.

Mientras él habia consagrado su vida al triunfo de la causa de América, un compañero suyo de regimiento, el señor D. Alejandro Aguado, se encontraba poseedor de una inmensa fortuna, con la cual y empleando una exquisita delicadeza, salió al encuentro de las necesidades del ilustre camarada á quien tenía la dicha de abrazar despues de largos años de una separacion que ambos creian eterna. Aguado conocia la dignidad del carácter de San Martín, y le asoció á sus consejos, depositando en él la mas ilimitada confianza. Oigamos á este mismo: «Hace pocos años, escribia en 1842 á uno de sus antiguos cólegas en Chile, mi situacion fué bastante

crítica, y tal, que solo la generosidad del amigo que acabo de perder, me libertó morir en un hospital, talvez. Esta generosidad se ha estendido hasta despues de su muerte, dejándome heredero de todas sus joyas y diamantes, cuyo producto me pone á cubierto de la indijencia en el porvenir. » Este amigo generoso era el Señor Aguado. Pero algo mas precioso pera este que sus diamantes, confió á la honradez y al juicio del compañero que le sobrevivía, pues le dejó la tutela y curatela de sus hijos menores, herederos de una fortuna de príncipes.

El general San Martín, se estableció definitivamente en las cercanías de la capital de la Francia, en una posesion denominada Grand-Bourg. Allí pasó el resto de su vida, rodeado de sus nietos, cuidado por la mas virtuosa de las hijas, respetado de cuantos le conocian, y visitado y acatado por todos los viajeros distinguidos de Sud-América, á quienes recibía con sencillez y cordialidad en su modesto y sereno hogar. Grand Bourg era la casa de Cincinato. La hospitalidad que en ella se dispensaba á los amigos y compatriotas, era perfumada con las flores de un esmerado jardin y amenizada con la franqueza de buen tono, propia del soldado que desde su ju-

ventud frecuentaba la sociedad mas escojida. Su corva espada de combate, las grandes pistolas del arzon de su silla de granadero, su retrato envuelto en pliegues de la bandera que él ennobleció en Chacabuco, y el estandarte de Pizarro, bordado por la madre de Carlos V, tales eran los adornos de sus habitaciones en el asilo que le prestaba una tierra estrangera. Allí vivió hasta 1848, enterrado en la grave tristeza de sus recuerdos, como hoy yace inmortal, á la sombra de atributos de gloria.

Antes que la última enfermedad se apodere del noble y robusto anciano, hagamos conocimien- to con sn persona y con su aspecto físico.

Cuando San Martin estaba en la fuerza de su virilidad y en sus años activos, era alto, grueso, bien hecho, de formas señaladas, de rostro interesante, moreno y ojos negros, rasgados y penetrantes. Era su metal de voz grueso y varonil: conservó notable agilidad hasta en los últimos años. Una persona que le visitó en su retiro de Grand-Bourg en 1843, ha escrito, que las grandes cejas negras del general le subian hácia el medio de la frente, cada vez que abria sus ojos llenos aún del fuego de la juventud, y que su sonrisa simpática dejaba en su boca, á descu-

bierto una dentadura fuerte aún hasta entonces.

Pero desde principios del año 1844, la estatura prócer del general comenzó á agobiarse, su voz á perder de su timbre sonoro, su inclinacion al retiro y al silencio á crecer, y considerando «su salud en mal estado», escribió sus últimas voluntades con entrañas de padre y de patriota, legando su corazon á la ciudad de Buenos Aires. Las acreditadas aguas de Enghien, no pudieron restituirle las fuerzas perdidas, ni tampoco los aires y los baños tónicos del mar, á cuyas orillas se estableció mas tarde, en la risueña ciudad de Boloña, en donde finalmente dió al Creador su grande alma, á las tres de la tarde del 17 de Agosto de 1850.

Su cadáver, rodeado de deudos y amigos, fué depositado en la Catedral de aquella ciudad en la mañana del dia 20.

Allí descansaron estos preciosos restos, hasta que fueron trasladados al cementerio del pueblo de Brunoy, en el Departamento del Sena y Oisa, en donde posee una propiedad el señor Balcarce, y ha levantado un sepulcro para su familia. Esta inhumacion fué solemne: la caja mortuoria, durante las ceremonias religiosas propias de aquel acto, estuvo cubierta con el estandarte de Pizarro, que

en ese mismo dia pasó á poder del Representante del Perú, de acuerdo con las disposiciones del general San Martín.

La tierra estrangera no debe pesar por mas tiempo sobre las cenizas del ilustre argentino. Buenos Aires, tiene derecho al corazon del gran hombre, que le fué legado por él mismo. Es una reliquia de gloria, de la cual emanarán las virtudes de humanidad, de heroismo, de amor puro á la Patria, que deben formar la atmósfera moral de un pueblo republicano que aspira á ser grande por el ejercicio de la libertad.
